

**1990**

# **MI VIDA**

**Aída Chávez Hurtado**

**A=**

## **LA MEMORIA DE MIS PADRES**

Doy gracias a Dios por haberme dado unos padres, que en base a sus ejemplos me formaron en el traje y el servicio.

**DEDICO,** estas sencillas memorial a mis hijos, buscando que encuentran en ellas, mediante su lectura y análisis, las bases para orientar su vida hacia la rectitud y el honor.

Me considero una mujer como todas, con sus vivencias y sufrimientos, sus alegrías y sinsabores. La pequeñeces que narro, con algunos cambios, son pasajes que vivimos todos los seres humanos.

Lo importante sí, es el amor a Dios, el respeto a los demás y el tratar de ser útil en esta vida.

# PROLOGO

---

Mamá, la mejor y buena madre para mí. Ha llevado una existencia llena de aventuras, cosa que ha enriquecido en gran manera su vida.

Hija de pioneros que, con el trabajo y la explotación ganadera, formaron una familia sólida, donde se crió y educó a los hijos, dentro del respeto mutuo y el amor a Dios.

Su padre, mi abuelo, Don Bernardo Chávez Pedraza, hombre de grandes dotes humanas. Creó con su esfuerzo la mayor explotación ganadera del país.

Su madre, mi abuela, Doña Urbana Hurtado Pedraza, mujer de grandes virtudes, que con abnegación formó una familia ejemplar. Colaboró silenciosamente a su esposo con amor y sacrificio.

El ejemplo de honestidad y sacrificio dado por su progenitores, templaron en ella un carácter fuerte, que contribuyó a forjar un espíritu de lucha que sólo tienen los seres superiores.

Esta condición, la empujó hacia la aventura desde muy temprana edad, acompañando a su padre en los permanentes viajes de trabajo hacia el Beni, Chiquitos y Concepción.

Se casó con un hombre bueno y trabajador, de carácter afable y bondadoso, que en los pocos años que la acompañó, le ayudó a moldear el espíritu de lucha que le caracterizó a lo largo de su vida.

Ya viuda, siendo muy joven, continuó las actividades ganaderas que eran tradición en la familia, y demostrando esa fortaleza que le caracteriza, transformó San Nicolás en una de las más prosperas haciendas del Beni.

En sus memorias vamos a conocer sus vivencias y pasajes vividos, que contados con la sencillez que sólo se da en los seres de espíritu noble, nos hace desear ser protagonistas y nos transporta dentro de esa vida de fantasía y aventuras.

El eterno agradecimiento de este su hijo, que le dio además la satisfacción de ser parte Suja, grandes sinsabores y sufrimiento.

Perdón madre por ello.

Tu hijo Orlando Mercado Chávez

# MIS PRIMEROS AÑOS

---

Mis padres, poseían una hacienda ganadera en la provincia Ñuflo de Chávez, se llama Trinidadcita y se encuentra cerca del rancherío llamado Holanda, que entonces pertenecía a la familia Montero y en ella vivían con sus peones.

El ranchito era pintoresco y acogedor; rodeado de serranías que, con su verdor y bellas flores formaban un paisaje que convidaba a vivir, tanto en él, como en sus parajes aledaños. Allí nació un veinticuatro de marzo de mil novecientos catorce.

Los recuerdos de mis primeros años son vagos, pero mi madre me cantaba que yo era toda travesura. Que no paraba de estar en movimiento, sí no me bajaban de un árbol, me sacaban de la vivienda de algún empleado, donde me metía a hacer diabluras.

Una mañana, en compañía de mi hermana Ema, menor que yo, salimos juntas hacia un potrero alejado de la casa en busca de unas guayabas maduras. Cuando estábamos cogiendo las frutas amarillas del árbol, vimos asombradas y llenas de miedo, que un chico venía volando hacia nosotras. Tenía un sombrero grande y la copa terminada en punta.

Ante esta aparición Ema gritaba. Yo aterrorizada me caí del árbol, tumbando las amarillas y jugosas frutas al suelo, corrimos enloquecidas hacia la casa.

Lo sucedido se nos gravó tanto en la memoria, que por un largo tiempo nos moderamos, no saliendo hacia parajes alejados de la casa de hacienda.

El pasaje vivido con el duende, todavía creo que fue fruto de nuestra fantasía de niñas.

Recuerdo que, por mis permanentes travesuras, los castigos recaían siempre sobre mí. Mi madre no castigaba a mis hermanas.

En mis permanentes momentos de ocio y para llenar mis tiempos libres, recogía semillas y hojas de árboles cercanos, y con ellos formaba mi farmacia y en permanente juego, vendía mis productos a todos; mis hermanas y mis empleadas seguían a esta niña traviesa.

Recuerdo que una vez me introduje al depósito de mercadería que tenían mis padres para bastecer las necesidades del personal, y en mis travesuras les destrocé telas para vestidos y otros, tirándolas al basurero cuando me aburría.

Papa traía mercadería desde Corumbá entre ropa, telas, cigarrillos y conservas, además de otras cosas. Muchas veces sacaba conservas del almacén y con mis hermanas Ema y Urbanita nos escondíamos en el platanal cercano para comérnoslas.

Hacia casinos para jugar a las cartas con mis empleadas y mi madre siempre atenta a esta niña traviesa, me destruía todo lo que me podía inclinar hacia los malos hábitos.

Cuando me pillaba en falta, mi madre me mandaba traer con mi cuñado Daniel Parada de un árbol de Tarumá cercano que me servía de refugio. Subida en él le cantaba a éste: Pavo, pavito como poquito y caga un montón. Y Daniel intentaba bajarme con alguna vara que encontraba a su alcance, cosa que hacía me

subiera más arriba y la siguiera cantando. Al fin, enojado y cansado me dejaba tranquila y me dedicaba a comer la fruta de sabor muy especial, que tanto me gustaba. Cuando bajaba del árbol venía el castigo.

A mis seis años fui traída a la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, con mis hermanas para iniciar nuestros estudios. Nos asentamos definitivamente en ella, comprando mis padres la casa que fue nuestro hogar durante gran parte de mi juventud. Nuestra primera vivienda está en poder de mi hermana Ema y su familia. Se encuentra ubicada al lado del Mercado Nuevo sobre la calle Aroma y Sucre. Allí existía una casa rústica con grandes patios y corrales, cosa ideal para las actividades de mi padre.

Cuando nos instalamos, se construyeron nuevos pabellones habitables, donde pasamos a mejorar las condiciones de comodidad de la familia. En esa casa viví hasta pasados mis diecinueve años; cuánto no divertimos en el vecindario, donde ruidosas multitudes de niños, nos encontrábamos en el baldío cercano a dar rienda suelta a nuestras fantasías.

Mis primeros y últimos años de estudios, los hice en el Colegio Santa Ana entre las calles Ballivián y Velasco, me distinguí por mi dedicación al estudio, mi disciplina y respeto a mis profesores, pero mi experiencia estudiantil duró muy poco. Al ingresar al tercer año de primaria me enfermé y los médicos recomendaron a mis padres, sacarme del colegio.

En vista de esto, fue que desde temprana edad acompañé a mi padre en sus permanentes viajes a diferentes haciendas de Santa Cruz, en las provincias Andrés Ibáñez, Ñuflo de Chávez y Velasco.

El tiempo fue pasando, hasta que el horizonte de mi vida tuvo un cambio. Comenzó la contienda del Chaco, en la guerra contra los paraguayos.

# LA GUERRA DEL CHACO

---

Durante la guerra del Chaco, la compañía veintiuno del Ejército Boliviano que estaba compuestas por jóvenes del Beni, en su paso por nuestra ciudad hacia el campo de batalla, hicieron muchas amistades en nuestro medio.

Los muchachos benianos, en su paso por Santa Cruz y mientras estuvieron en la ciudad, fueron acuartelados en el colegio Mamerto Oyola, sobre las calle Sucre y Aroma; frente a la casa de mi familia.

Como mi padre había comprado las estancias del Beni al señor Clemente Suárez. Mantenía relaciones con gentes de ese pueblo, siendo muy amigo de varias familias de la capital. Trinidad.

Muchos muchachos que se dirigían a la campaña conocidos de mi padre, aprovecharon la estadía para visitarlo; allí conocí a varios de ellos.

Un grupo de señoritas de la sociedad cruceña, fuimos llamadas a conformar la institución llamada, Liga Filial del Progreso y nos constituimos en madrinas de guerra para ellos.

Durante el tiempo que duró la permanencia de este contingente beniano en nuestra ciudad, el centro de las atenciones para ellos era mi propia casa; pues mis padres con mucho gusto y cariño derrochaban hospitalidad, para estos valientes combatientes de la patria.

En varias ocasiones, aprovechándose los días francos que tenían de fin de semana, se les agasajó en reuniones sociales bailables,

todas ellas en mi casa, con derroche de gran alegría, que hacía olvidar el futuro incierto que les esperaba.

Como madrinas de guerra, mientras duró la campaña, las socias de la liga filial pasábamos el tiempo haciendo paquetes, que eran repartidos entre los componentes de cada contingente que venía del Beni, rumbo a la guerra.

En ella perdí varios parientes y amigos, a los que todavía tengo en mi memoria,

Terminada la guerra, mis padres me enviaron a visitar a mi hermana Dora que residía en Concepción, capital de la Provincia Ñuflo de Chávez, como merecido descanso.

Viajé rumbo a Concepción, donde vivía mi cuñado Cesar Banzer y mi hermana Dora. Que bellos momentos pasé con ellos y cuan feliz fui; pues era la hermana que con su bondad incomparable, había conquistado mi juvenil corazón.

# MIS PADRES

---

Mi padre, Don Bernardo Chávez Pedraza, vino un día de concepción. Conoció a una virtuosa y agraciada muchacha en la ciudad de Montero. Exactamente en la propiedad El Cidral, cercana y de propiedad de hermano de ella. Don Ezequiel Hurtado Pedraza, quien la había cobijado en el seno de su familia desde la muerte de sus padres a temprana edad.

Mi madre pasó sus años infantiles en el pueblo de Portachuelo con su madre y su juventud en el Cidral, donde conoció a su futuro esposo. Pariente de ellos.

Tras corto cortejeo y noviazgo se casaron, ella recibió como dote veinte animales caballares, entre hembras y machos. Mi padre no era rico, ni procedía de familia rica; pero si tenía un empuje que no se conoce muy a menudo y que fue lo que lo llevó a ser el más grande ganadero de Bolivia, con miles de cabezas de ganado que pastaban en sus campos del Beni y Santa Cruz.

La riqueza comenzó con el primer viaje hacia el Beni llevando animales caballares, los cuales vendió a buen precio y con esto compró novillos que trajo a Santa Cruz, y los pasó hasta Salta en la República Argentina. En ellas compró mulares que volvió a llevar al Beni y así sucesivamente siguió su trabajo, forjando una de las más grandes fortunas cruceñas.

Entre viaje y viaje, se cuentan muchas anécdotas de mi padre, una de ellas con el legendario Carmelo Hurtado. Don Carmelo fue amigo de mi padre, pero cuentan que en la zona del Puente, en la Provincia Guarayos; como a unas dos leguas de Quebrada Blanca, existe un riachuelo de aguas cristalinas. Don Bernardo

mi padre, viajaba al Beni con su peonada.

Después de despedirse de sus amigos los Justiniano Ruiz, comandando su tropa salió rumbo a su destino. Cuentan que cuando llegaron al riachuelo, se hizo la acostumbrada pascana, donde se preparó la comida, café, etc., todo esto para descansar y reponer las gastadas energías del viaje.

Mi padre, hombre amigero, conversador y simpático personaje, llamó a un hombrecito que lavaba su ropa a orillas del riachuelo. Diciéndole...

Vení amigo. Apégate al fuego que aquí tenemos café y comida para todos. El hombre se acercó, donde descansaba el simpático hacendado y sentándose, mantuvieron una amena conversación. El tiempo fue pasando y cuando el hombre entró en confianza, pregunto a mi padre.

Don Bernardo, no tiene miedo de andar por estos parajes con su dinero y otros bienes. ¿No sabe que por aquí anda rondando el bandido ese que le llaman Carmelo Hurtado?

No mi amigo, le contestó.

No... No le tengo miedo a ese ni a ninguno de los bandidos de la ruta. Si se me aparece le hago dar con mis mozos, su media arropa de chicotazos para enseñarle a trabajar y deje de molestar a los demás.

Nuestro amigo le miró sonriente y le dijo: Don Bernardo, yo soy Carmelo Hurtado. El ganadero se incorporó de su hamaca, donde descansaba plácidamente y con los ojos denotando asombro. Dijo...

Carmelo...

¿Vós sós Carmelo?, repitió.

Pero hombre.

¿Que necesitas?, y acto seguido llamó a sus peones diciéndoles: A ver muchachos, traigan la mejor mula para mi amigo y llénenle sus alforjas de buen tapeque, y tomá Carmelo, ¿querés algo de dinero, o algo más?

Esta es una de las anécdotas más pintorescas que se le atribuyen, existiendo muchas más que por falta de espacio no les cuento.

La que sí era abnegada, sacrificada y trabajadora fue mi madre. Mientras mi padre con sus columnas de carros tirados por hasta tres yuntas de bueyes, llevaba por todos los pueblos el producto de su hacienda, trabajaba ella en la molienda de caña.

Papá viajaba por todos los pueblos de la ruta hasta Puerto Suárez y retornaba con mercaderías, que negociaba en el trayecto de regreso a Santa Cruz y posteriormente a Concepción.

Cuan trabajadora era mamá y como su ejemplo me sirvió para templarme en el sacrificio futuro.

# **MI VIAJE AL BENI**

---

Como a trece leguas del pueblo de Concepción, mi padre poseía una propiedad que era la central, de donde administraba las otras propiedades ganaderas que tenía en la vecina Provincia de Chiquitos. En la laguna de Nuestra Señora de la Concepción.

Este tenía preparado su viaje al Beni con su peonada, los cuales arreaban los caballos que servían para el trabajo en las estancias ganaderas de ese departamento. De paso por donde descansaba en mis vacaciones y era feliz disfrutando de la cariñosa y bondadosa compañía de mi hermana preferida. Me invitó a acompañarle.

En esos días, mi madre nos visitaba también y mientras esperábamos la noche, debajo de unos grandes árboles de Mango que había en el patio de la casa de mi cuñado. Saboreando unos deliciosos y fríos refrescos, mi padre dirigiéndose a mí, preguntó:

Aída. ¿Quieres conocer Trinidad?

La dije que sí, sin titubear un momento.

Mi madre condescendiente de lo traviesa y voluntariosa que era, temiendo que pasara algo en el camino, se opuso a ello diciendo: Bernardo no. A ella no la puedes llevar. Te daría muchos problemas.

Tanta fue mi insistencia y ante mucho ruego, al que se unió mi hermana Dora, mi madre claudicó y mi padre aceptó gustoso mi

compañía. Y así se inició una de las aventuras más emocionantes que he vivido.

Todavía estaba oscuro, no había amanecido, cuando todo fue movimiento. Se escuchaban órdenes por todos lados. Los caballos ya preparados, con sus monturas relucientes y nuevas, listas para ser estrenadas esperaban impacientes la marcha.

Mi madre me traía, un chocolate con leche humeante, me aconsejaba de cómo debía comportarme y no darle problemas a mi padre durante el viaje, que sería largo.

Juan, se escuchó la voz varonil y bien timbrada de mi padre. ¿Está lista la gente y ya trajeron los caballos escogidos para llevar?

Si patrón, respondió éste; todo está listo para cuando usted ordene.

Nos despedimos de los nuestros, una lágrima de pena y dolor ante esta primera separación, asomaron de los ojos de mi madre. Era muy sensible a las despedidas. Mi hermana Dora y mi cuñado me deseaban suerte y una feliz experiencia.

Vamos, ordenó mi padre y montando un caballo manso emprendimos rumbo a San Javier.

El viaje duró varios días, subíamos y bajábamos lomeríos interminables, selvas majestuosos y riachuelos de cristalinas aguas que nos invitaban a saciar nuestra sed.

En cada rancharía, propiedad o casería nos atendían con cariño, demostrando el ancestral sentimiento de hospitalidad de

nuestra gente. Siempre se escuchaba lo mismo. Pase don Bernardo, ésta es su casa. ¿Quiere un cafecito? Quédese a comer. Que bondad y cariño derramaban por todos lados.

Ya en San Javier, un pequeño pueblo pintoresco; nos alojamos en casa de la señora Delmira Gil vda. de Añez. Allí conocí a su hijo Celso; gente muy cariñosa y amable. Que bien se sentía estar con ellos. Mi padre, muy amigo de la señora, mientras tomaban una refrescante debida fría, empezó a recordar pasajes de su juventud, yo les escuchaba embelesada.

Pasamos una velada inolvidable y después de una noche agradable y sueño reparador, emprendimos la marcha hacia Quebrada Blanca, no sin antes dar gracias a tanto cariño recibido.

Caminamos durante varios días entre pampas y majestuosas selvas donde sobresalía el Cusi, Della palmera que abunda en la zona.

En la cima de una loma están asentadas las viviendas y construcciones de una de las más bellas haciendas de Santa Cruz de entonces. Todavía se observan las casas ruinosas de lo que otrora fueran soberbias muestras de trabajo del hombre, que se erigían como dominando desafiantes a la agresiva selva que las rodeaban.

La señora Francisca vda. de Justiniano, vino en persona a darnos la bienvenida, acompañada de sus hijos Fernando, Roberto y Mariano. Jóvenes apuestos que trabajaban con ella codo a codo, ayudándola a cimentar semejante emporio. La estancia en Quebrada Blanco fue otra experiencia hermosa para mi juvenil existencia. Todo era atenciones.

Existían lazos de amistad muy fuerte con ésta familia, mi padre y un señor que se encontraba protegido por ellos. Después me enteré por Mariano, que se trataba del famoso fugitivo Carmelo Hurtado.

Mariano, también de paso a Trinidad se unió a la caravana, me invitó a que camináramos adelante ante tanta tardanza de la gente amigo en despedirse y emprender la marcha. Cosa que contrastaba con mi energía expectante de juvenil persona que inquieta buscaba con ávidos ojos cosas nuevas, dentro de un paraje que prometía ser hermoso, conforme nos acercábamos a la amazonía.

Durante el camino se creó una corriente de simpatía entre los dos. Mariano me contaba las aventuras durante la guerra y muchas anécdotas del personaje amigo que cobijaban: Así conocí la triste historia de su vida y qué le obligó a Carmelo hurtado a ser un errante perseguido, tanto por la maldad como la incomprensión de unos y otros.

El viaje fue un permanente descubrir de cosas para mí. Lo pasajes a cuales más bellos e incomparables, mantenían mi espíritu lleno de orgullosa satisfacción, agradeciendo al Creador de haberme permitido conocerlos y sentir su majestuosidad.

Lo que más me impresionaba fue la esbeltez del Cusi, que mezclados con los coloridas de las flores de los tajibos blancos, rosados y amarillos, daban una sensación de una acuarela hecha por el mayor artista del universo.

Tras largo y penoso viaje que duró varios días, llegamos a las misiones guarayas, pasamos por Yotaú, Urubichá y San Pablo.

Comunidades de Guarayos atendidos por frailes franciscanos. Como existía otro tipo de población aparte de los autóctonos, se tenía en Ascensión un internado de monjas de primera, donde se educaban chiquillas venidas de a ciudad capital inclusive. Mientras estuvimos en esa población, me encontré con varias jovencitas amigas mías y conocí familias con quienes mi padre había trabado amistad, a lo largo de sus viajes hacia el Beni y el paso por ella.

Cuan amables y generosas eran esas gentes, siempre nos invitaban a bajar por donde estuvimos de paso. Mi padre viajaba anualmente hacia trinidad, llevando animales caballares para sus estancias y vender a los que le solicitaran éstos, retornando con novilladas que engordaba en sus propiedades de la laguna Concepción.

Durante el viaje, mi padre y yo estábamos atrás de la tropa y peonada, cerca de los carros que acompañaban el viaje, llevando las vituallas necesarias y algo de mercadería, con las cuales se negociaba en las poblaciones que tocábamos por el trayecto. De lejos se escuchaba la esquila o campana que llevaba puesta el caballo más manso y tropero, el cual guiaba a la tropa.

Cuando se retornaba con la novillada, el sonido de la corneta acompañaba a los viajeros constantemente, como indicando a los animales por donde estaba el camino. Durante el viaje no se sufrió nada, primero por las atenciones recibidas por todos lados y después porque siempre se llevaba alimentos abundantes, los cuales se consumían generosamente.

Se cuidaba mucho a los animales durante el viaje y como buen comerciante de caballares, antes de llegar a los puestos de estancias, donde veía potenciales compradores. Recién me daba

mi padre un buen animal y me decía sonriente: si con vos que sós la más feita tengo tanta suerte, como me hubiera ido si traía a mis otras hijas, y se reía con esa franqueza que le caracterizaba y le hacía tantos amigos. Ante el éxito y la expectativa que rodeaba mi presencia en esos parajes del oriente.

Después de caminar por esos estrechos senderos que les llamaban comino ganadero al Beni, llegamos a Ibarecito. Estancia donde vivía don Salomón Aponte. El hijo, Salomoncito. Compró el caballo en que llegué y cortejante y solícito montado en él, nos acompañó hasta Trinidad. Llegamos tener una sincera amistad. Ya en Trinidad me llevaba bombones de obsequio donde me alojaba. Al tiempo supe con tristeza que este querido amigo, había muerto en el accidente de aviación de Juan del Valle.

Dentro del itinerario del viaje llegamos a la estancia Mocoví de Maximiliano Hurtado, en ella se encontraba de paso un primo mío de nombre Lucio Méndez. Lucio me ofreció un anillo de brillantes. Le dije ofréceselo a mi padre para que me lo regale. Dijo que sí y fue mi regalo de viaje. Joya que la conservo hasta hoy día.

Cuando emprendí el viaje a Trinidad, lo hice con tanta ilusión que deseaba llegar el seis de agosto, para la fiesta. Llevaba inclusive mi traje de gala para la ocasión. Llegamos a la laguna Suárez. A un paso de la ciudad, con tan mala suerte que los carros que traían la carga, se atascaron en el barro del curichi que la circunda y no se pudo seguir viaje.

Sentí una de las más grandes desilusiones, pues tenía que ser el día de la fiesta nacional precisamente, la cual esperaba con

tanta expectativa. La celebración había comenzado, se escuchaban los cohetes; me dolía ver que estando tan cerca de la ciudad me perdía esta. Pasé una mala noche. Pensaba en lo mal que me había recibido, la ciudad que deseaba conocer con todas mis ansias juveniles.

Al día siguiente llegamos a la orilla del arroyo San Juan, a la lechería de la casa Elsner y cruzándolo, llegué a la ciudad que quedaba a dos cuadras, de donde dejamos la tropa y el personal.

# **TRINIDAD Y SU GENTE**

---

Una ciudad pequeña de casas con galerías y calles de tierra gredosa. Me abrió sus puertas acogiéndome generosa. Era mejor que la que hoy tenemos.

Llegamos a la casa de mi tía Sinforiana de Gómez, a dos cuadras de la plaza. Afuera, bajo la galería de la calle, ella y tío Antenor nos recibieron con efusivas muestras de alegría. Bajamos de los caballos y después de los abrazos de la tía, cariñosa me llevó adentro, colmándome de todo tipo de atenciones.

Tía Sinforiana me presentó a la señora Eloísa Gómez, la cual me invitó a presenciar un partido de fútbol. Allí conocí a otros jóvenes, con los cuales cultivé y conservo una sincera amistad.

Fueron pasando las horas y sin darme cuenta eran las siete de la noche; se escuchó la tamborita, que acompañada por una flauta, emitían una música que llamó mi atención. Salí a la calle y quedé encantada ante las expresiones y colorido de la cultura mojeña, que en momento se me presentaba con sus mejores manifestaciones.

Allí ví y conocí a Marina Aponte bailando la danza de la Moperita, también admiré la tradicional danza de los Macheteros, que con sus trajes de grandes plumajes, fueron las delicias para mi curiosidad.

Mi cuñada Esperanza Rocha de Chávez, se prestó a llevarme a

todos lados para que conozca la ciudad; mientras paseábamos me llevó donde su comadre Angélica Carvallo madre de Serafín Rivero, el que luego sería mi consuegro. En esa oportunidad se bautizó a mi sobrina Laida, hija de Esperanza; ocasión en que lo pasamos de maravillas. Mi padre y yo fuimos nombrados padrinos. Desarrollándose una fiesta muy simpática y que permitió relacionarme con mucha gente de ese hermoso y querido pueblo.

Me sentía feliz de haber culminado, mi aventura que significó el viaje al Beni por tierra. Trinidad, ciudad hospitalaria, donde la tertulia era su característica más simpática me complacía sobremanera, siempre se encontraba en la calle gente amable, linda y sencilla que hacía largo todo viaje por ellas, por las constantes paradas en saludos y reverencias.

Me llamó la atención, que siendo la ciudad tan chiquita, tuviera tiendas tan grandes, con cosas finas y bellas. Teníamos las tiendas de la casa Zeller. Suárez y Elsner, con mercadería provenientes de Europa.

La casa Elsner mantenía negocios con mi padre; éste le arreaba ganado en flete desde las estancias San Rafael, cuando pasaba con su arreo de San Nicolás rumbo a Santa Cruz. Cuando entré a hacer compras a la tienda, conocí a dos chicas simpáticas que allí trabajaban: Doris Aponte y Marina Vásquez, con las cuales hice una gran amistad y Doris llegó a ser mi consuegra.

En una visita de paseo, recorriendo los alrededores conocí la Loma Suárez, Puerto Almacén y otros sobre el río Ibare y Puerto Barador en las orillas del majestuoso río Mamoré. Algo que llamó poderosamente mi atención, fue ver a los empleados de la casa Suárez en la loma del mismo nombre, todos a caballo

viajando vestidos en traje de lino blanco almidonado. Parecían garzas blancas como las bellas aves que pueblan las pampas benianas.

La majestuosidad de la geografía beniana con sus infinitas pampas, motivó mi espíritu y me llenó de alegría; pues nunca antes había observado tamaña belleza, donde me deleitaba con esos amaneceres de refulgentes colores, que contrastaban con los rojos y deslumbrantes atardeceres.

Retorné a mi ciudad natal de Santa Cruz de la Sierra, por avión y vía Cochabamba. Papá me recomendó a Don. Ovidio Barbery, con quien compartí el viaje hasta mi destino. Fue buen compañero y buen amigo de mi familia.

Las experiencias vividas, fueron un aliciente que me llevó a regresar con gusto, cuando años después; casada con mi esposo Julio Mercado Ortiz, llegamos para administrar las estancias ganaderas de mi padre.

Doy gracias a Dios por haberme hecho conocer estas tierras, las cuales con el amor con que me recibieron, hicieron de ellas mi segundo y más importante hogar.

# **SAN NICOLÁS**

---

Ya casada, llegué a Trinidad por segunda vez. Fue un treinta de octubre de mil novecientos treinta y nueve. Mi esposo Julio Mercado, vino de San Nicolás a esperarme. Nos alojamos en la casa de tía Sinforiana de Gómez.

El viaje de Santa Cruz tenía que ser dos días antes de mi llegada, pues contaba con pasajes para volar rumbo a Trinidad en el avión anfibia. Algo me decía en mi interior que no viajara. Atrasé el vuelo para otro día. El avión cayó en la laguna Suárez cerca de Trinidad, no hubo víctimas en el accidente. Julio ante la noticia desesperado y asustado, consolaba a tía Sinforiana, porque en el accidente se encontraba su marido.

Después de estar casi un mes en Trinidad salí rumbo a San Nicolás. Todo el viaje lo hice en carretón. El camino era horrible, todo era barro y agua. Pasamos curiches infernales y ríos profundos llenos de peligrosos animales y reptiles.

Los arroyos Mocoví y Matiquipiri no tenían puente ni canoas, se tuvieron que hacer pelotas de cuero para pasar los pasajeros y la carga. Los caimanes y las sicurises nos miraban somnolientos con una indiferencia tal, que nos daban la sensación de perdona vidas.

Cuando llegamos a San Nicolás mi corazón dio un vuelco, se quería para ante la brutal desilusión sufrida. Todo era monte, descuido y desolación, sentí que a naturaleza me había jugado

una mala pasada y que ante lo vivido en mis experiencias pasadas. Ahora se me mostraba con toda su crudeza, como rechazo y presagiando lo difícil que sería mi vida allí. Estaban enterrando un mozo que le había pisado una rueda del carretón; causándole la muerte.

Los únicos que presurosos y diligentes salieron a darme la bienvenida, fueron los mosquitos que, en cantidades impresionantes me acosaban. La basura por todos lados, daba la sensación de descuido total de la estancia.

Lloré desconsoladamente de pena, por haber traído a mi primer hijo Mario a estos parajes inhóspitos y desiertos.

Mi padre, un ganadero prospero de Santa Cruz, compró a Don Clemente Suárez el establecimiento San Nicolás con siete mil cabezas de ganado; repartidas en varios puestos de estancias. La Punta, Uñas Verdes, Papayo, El Bajío; Campo Alegre, La Capital, Palma Sola, San Pablo y los Palmares. La mayoría de los cuales, están todavía en manos de la familia.

Pero Julio no solamente tenía que atender San Nicolás y sus puestos ganaderos, sino; las estancias Bello Horizonte e independencia, que luego de la muerte de mi padre, fueron vendidas al señor Pedro Vieira la primera y a Bruno Westerman la segunda. Tenía también propiedades en la provincia Marbán, como Santa Elena y San Jerónimo, ya que mi padre dentro de su organización mantenía puestos intermedios, donde dejaba los animales malogrados a mejorar, sacando los ya repuestos. Saliendo de San Nicolás con mil novillos y de igual manera llegando a la laguna con el mismo número.

Julio y yo vinimos como administradores de las estancias, con

mi primogénito de sólo cuatro meses de edad. Mario, muchachito de complexión débil, muy inquieto y enfermizo. Gracias a Dios y la benigna naturaleza, creció y se fortaleció ante el aire sano fortificante de la selva amazónica.

Existían en el establecimiento, sembradíos de Caña de Azúcar, con la cual producían miel y empanizado o chancaca, azúcar baya y alcohol. La molienda se efectuaba en dos trapiches. Uno de madera y otro de fierro; estos eran movidos por bueyes.

Se tenían grupos de peones que durante el día cortaban la caña del chaco cercano, que con nuestro esfuerzo fue agrandado, hasta conseguirse materia prima para trabajar bastante y abastecer a los pueblos cercanos, e incluso a Trinidad. En la noche se comenzaba la molienda, la misma que duraba hasta la mañana siguiente.

No se contaba con mayores infraestructuras ni comodidades donde tener los animales, estos tenían que ser pastoreados todo el tiempo. Entre las mejoras introducidas, reemplazamos los bueyes por caballares, desarrollándose así el trabajo con mayor eficacia y rapidez.

El cocimiento de la caña, se hacía en dos pailas de metralla grandes y el trabajo de molienda se efectuaba en dos turnos. Como se producía caldo, se venía llenando las pailas y así sucesivamente hasta sacar la cocha que duraba más o menos seis horas, luego se pasaba al otro turno que duraba hasta el amanecer.

Julio puso gran interés y énfasis en la agricultura, pues teníamos buena tierra y un ubérrimo monte alrededor, de donde se construirían las infraestructuras necesarias, para

hacer marchar la hacienda.

Provisionalmente se construyó una casa de paja con paredes de Sumuqué, palmera que existía en grandes cantidades en los montes cercanos. El Sumuqué es una esbelta palmera de más de quince metros de envergadura y de una majestuosidad, que le hace sobresalir dentro de la altura de los árboles de la selva.

Don Clemente Suárez, antes de entregar San Nicolás a mi padre, hizo una despedida a todo el personal y vecinos. Los Guarayos Yapurenda y Yapuiri en estado de ebriedad, aprovechando que la cocinera de la casa del patrón fue a recoger agua, la emboscaron, la violaron y luego para ocultar su delito la mataron, descuartizándola. El cuerpo de la desafortunada mujer fue tirado en la cañada cercana a las casas.

Al ver que la cocinera no aparecía y ante la sospecha de que le hubiera pasado algo irreparable, se la buscó sin resultado positivo. A los pocos días, de pronto se divisó parte del cuerpo flotando en el agua de la cañada; cosa que armó un gran alboroto y movimientos de personas. Los miembros de la desafortunada mujer, fueron respetados por los innumerables caimanes y lagartos que vivían en ella. Como demostrando el rechazo a tan salvaje acción y buscando con ello el castigo a los culpables.

Una vez individualizados los culpables por su comportamiento no usual, cosa que hizo que las sospechas recayeran sobre ellos. Se trató de apresar a los Guarayos y éstos huyeron al cañal que se encontraba cerca de sus viviendas. Se prendió fuego al cañal y se les esperó fuera; sólo así se les logró prender, siendo llevados presos a Trinidad.

El establecimiento contaba con una plaza rodeada de plantas de Totai, intercaladas de naranjos. Al centro existía una cruz de madera incorruptible con el reloj de sol llamado cuadrante. La plaza era el lugar donde los trabajadores se reunían todos los días, después de la jornada diaria a departir y tertuliar.

Julio, sentado bajo el alero de la rústica vivienda departía con sus empleados, pues no comulgaba con el sistema del aparte del patrón con su gente y mantenía un paternalismo, basado en la hermandad y comprensión de sus problemas.

Los chacos se hicieron cerca de las construcciones, para después de cosecharlos, aprovechar éstos para sembrarlos de Capin, haciéndose así los potreros de pastoreo cercanos. Cuando iba al chaco, generalmente se encontraba a los trabajadores sentados y charlando. Julio estaba en Santa Cruz. En vista de esto y como forma de evitar la holganza les puse tarea, un Panacú de arroz en la mañana y otro en la tarde. Mi marido lo implanto como tarea definitiva.

Los trabajadores, después de sacar sus tareas trabajaban en sus chacos, nosotros les comprábamos su producción, el resto que les sobraba lo vendía a comerciantes independientes de los pueblos cercanos de San Pedro y San Javier.

Así fue creciendo San Nicolás y haciéndose grande, se trabajaba con mucho personal, pues don Clemente Suárez dejó bastante gente cuando entrego la estancia. Mi padre trajo chiquitanos para ayudarse a los trabajos de mejoramiento y construcción del establecimiento y los Sirionó que habían cuando llegamos, también aprendieron a trabajar.

Cuando se tenía que hacer otros trabajos, se traían Guarayos

para reforzar a los grupos de trabajo ya existentes. Se tenía tanta gente en el puesto de estancia que casi se llegaba al número existente en los pueblos cercanos y para cubrir las necesidades de carne, se sacrificaba una res diaria para abastecer el consumo del personal.

Cultivamos gran cantidad de maíz, arroz, plátano, guineo y yuca. Ampliamos mas los sembradíos de Caña y los barbechos eran sembrados con Capín y Yaraguá. Cubríamos las necesidades alimenticias de nuestras estancias, de las vecinas y los pueblos de San Javier, San Pedro y también nuestros productos eran comercializados en Trinidad, incluyendo quesos, charqui, manteca, almidón, chivé y otros.

A los tres años se construyó una tejería de la cual se sacaban los materiales que fueron utilizados en lo que hoy tenemos, una casa de dos pisos que se yergue soberbia entre la espesura del a selva, demostrándonos que cuando el hombre lucha contra ella. Esta le da todo lo necesario para alcanzar sus propósitos.

# LOS CHORIS

---

En época del señor Agustín Moreno, anterior dueño de San Nicolás del cual recibió don Clemente Suárez, apareció una tribu de Sirionó que deambulaba por la selva. Asentándose en las inmediaciones.

Cuando llegamos, los encontramos semidesnudos y casi en estado selvático puro, vivían hacinados en improvisados campamentos. Eran atendidos por el profesor de nombre Carlos Loayza Beltrán, dentro del núcleo Eviato, que quiere decir en su idioma Loma Alta. Lugar distante y estaban mantenidos por el Estado.

Por el contacto con los Choris, se tuvo relaciones con la reserva Eviato y por medio de un convenio se les ayudó con productos y al ver que no comían carne, más que la del monte que cazaban, se les fió una res mensual. Nunca se recibió pago alguna por esto, quedando una deuda pendiente con nosotros hasta hoy día.

El profesor Loayza, notando que los Choris se apegaban mucho a nosotros, los llevó a la fuerza a Eviato, cercano al pueblo de Casarabe sobre la carretera a Santa Cruz. A los pocos días regresaron, menos el capitán Pava Santo. Este quedó encadenado. Tenía dos mujeres y mandó decir a mi marido con los otros que lo defiendan. A los pocos días apareció él y Julio les prometió que no dejaría que se los llevarán de vuelta.

No pasó mucho tiempo que llegó una comisión armada de

guardianes de la reserva, en busca de los fugitivos. Cuando llegó la comisión a llevarlos, las mujeres se escondían donde podían, inclusive debajo de las camas; no me soltaban para nada. Julio se opuso a que se perpetrara tamaño despropósito y se les privara a estos seres selváticos de su vida nómada, libre y feliz: Dentro de sus vivencias de seres sencillos y nobles.

Así fue que empecé a enseñarles, a vestirlos y a quererlos, ya que me propuse atraerlos y darles cosas, que les ayudaran a defenderse de las malsanas ambiciones y soberbia de los llamados civilizados. Mejoré sus viviendas, pues dormían en hamacas confeccionadas con fibras de la corteza de un árbol llamado Ambaibo.

Los Choris, para defenderse de las sabandijas, ponían humo todo el tiempo. Les hice chapapas para dormir, les enseñe a usar mosquiteros. Me parecía que el humo les podía hacer daño a los pulmones.

Un día se enfermaron de viruela. Lo más penoso era que tenía que reventarles las ampollas, con agujas estériles t les curaba con algodón y agua oxigenada. Todos los días les lavaba con jabón desinfectante y las echaba Sulfa en polvo. Les hacía infusiones calientes; cogía cogollo de Cupecí para que tomen, endulzándolo con barro.

No se me murió ninguno.

Los hombres, aprendieron a trabajar en la agricultura con el resto del personal. Aprendieron las horas de entrar y salir del trabajo. Mama, serevi loro me decían. Querían darme a entender que los loros pasaban a dormir y que era hora del descanso.

Las mujeres, aprendieron los oficios de la casa. Sabían hacer jabón de lejía, empanizados, cocinar, hacer pan de arroz, biscochos de maíz, hilaban pabilo para hacer velas de cebo y muchas otras cosas más.

Mantuve sus costumbres intactas, no traté bajo ningún motivo cambiarles su forma de ser y sus ancestrales costumbres; solamente busqué mejorar su forma de vida, sin inmiscuirme en sus relaciones propias.

Los hombres tenían la costumbre, de que cuando la mujer desembarazaba, mantenerse echados en sus hamacas y se emplumaban la cabeza, mientras las mujeres se levantaban y hacían su vida normalmente.

El ombligo del recién nacido, lo estiraban y hacían una pelotita para colgársela al cuello. ¿Para que?, es un secreto.

Fabricaban su propia bebida. La hacían de miel de abejas, la cual fermentaban en Taris o Churunos. Con ella se emborrachaban los domingos, después de la casería.

Hay tanto que contar, sobre estos sencillos seres que conquistaron mi corazón con humildad y espíritu apacible; pues no vi en todo el tiempo que tuve la dicha de tenerlos conmigo, una sola pelea o desavenencia.

# **MI PRIMER VIAJE A SANTA CRUZ**

---

Habían pasado dos años, de nuestra venida a Trinidad como empleados de mi padre, para atenderle San Nicolás. Mi madre pidió a Julio que me permitiera viajar a Santa Cruz, pues extrañaba a su hija y además, deseaba conocer a su segundo nieto Orlando. Mamá pagó mis pasajes.

Como es característico y normal en el ganadero, no teníamos dinero para habilitar algún mozo de mayor responsabilidad y confianza, me acompañe en el viaje de San Nicolás a Trinidad, con un atolondrado llamado Antonio Uku, ya que me resultaba más económico, porque no pediría dinero y retornaría rápidamente al establecimiento y no era borracho, como sucedía con la mayoría de los peones de estancia.

En una arboleda cercana a San Javier, pueblo alheñadazo a la capital, atoró el carretón en el tranco de un árbol. Amaneció tumbándolo. Demostrándonos lo lerdo y calmoso que era.

Con el sol ya alto llegamos a la casa de un amigo nuestro llamado Juan Subirana. Allí me junté con mi esposo que se encontraba alojado. Estaba durmiendo. No molesté a Julio y enojada seguí viaje hacia el arroyo Matiquipiri, allí desayunamos y dimos descanso y comida a los bueyes, tratando de dejar lo más posible a éste, para que sintiera un sentimiento de culpa por no esperarme y/o haber ido a buscarme y acompañarme durante el viaje.

Cuando llegábamos al arroyo Mocoví, el atolondrado carretero no pudo manejar los bueyes y estos con ser se largaron a la corriente. Mis hijos pequeños viajaban en el carretón. No bien éste embocó al agua, me subí desesperada a él para socorrerlos. Quité el chicote al carretero que prendido a las estacas temblaba de miedo y decía sin cansancio: Jía, Usa. Yo pedía ayuda a la Virgen del Carmen clamando constantemente. Mamita del Carmen sálvanos.

Salimos a la orilla opuesta sin mayores contratiempos, con la carga y otras cosas completamente mojadas. Ayudada por la empleada que me acompañada, pusimos al sol éstas para secarlas, no pasó mucho tiempo que el cielo fue nublándose presagiando lluvia. Metí todo al carretón y seguimos viaje.

Las peripecias del viaje siguieron sumándose. En una cañada; en el llamado Bajío Nieves, los bueyes no pudieron seguir, se atascaron y tuvimos que pernoctar dentro de él.

Mario durante el viaje, le había roto el único chupete que tenía su hermano menor, y este molestaba pidiéndolo permanentemente con una tozuda persistencia, hasta que de cansancio se durmió profundamente.

Llegamos ya de noche al puesto de estancia de un señor Menacho, llamado Vallejos. Llovía torrencialmente y en la casa caía quizás más agua que afuera. Orlando ya despierto lloraba, no podía dormir sin chupete. Yo muerta de vergüenza trataba de hacer algo, ya que no dejaba descansar al dueño de casa, el cual tan gentilmente nos había bridado cobijo.

Después de una noche desgraciada, apareció el compañero de

mi marido. El mozo Agripino viveros. Ya estábamos listos para seguir viaje hacia la ciudad. Emprendimos la marcha y de allí en adelante la cosa mejoró y al medio día divisamos las primeras casas, lo que hizo que sintiera un gran alivio, pues fue el viaje que me deparó mayor sufrimiento, de tantos que tuve que hacer durante mi vida en esos inhóspitos parajes.

Era víspera de Navidad.

Un veinticinco de diciembre subimos al avión que nos llevó a mi ciudad natal; mis familiares, padres y hermanos nos recibieron con alegría. Llegamos directamente al cumpleaños de mi hermana Urbanita y bautizo de mi sobrina Sonia su hijita, me encontraba feliz de estar con mi madre y hermanas después de tanto tiempo.

Tanta fue mi felicidad que me descuidé de mis hijos. Me atuve a la empleada, ésta dejó comer uvas a Orlando y no sé que cosas más. Al día siguiente mi pequeño se encontraba mal y para colmo de mi dolor y agonía, escuché al doctor Melchor Pinto decirles a mis hermanas. “Este chico está mal, si amanece se salva”. Me pase toda la noche llorando, rezaba y tenía la fe y esperanza puesta en Dios. Mi hermana Ema se hizo cargo de cuidarlo, dándole suero a cada momento.

Amaneció un día radiante, mi hijo mejorado notablemente, Volvió la alegría a la casa y pasé inolvidables momentos con mis seres queridos, cuan hermosa fue mi estadía; cosa que hizo me olvidara de las peripecias pasadas días atrás.

## **SUCESOS VARIOS**

---

Estando embarazada de mi segundo hijo, me avisaron que de la pampa cercana venía el fuego hacia el cañal; estábamos en agosto, época de la quema de los campos.

Se tocó la tambora llamando al personal; me dirigí con ellos para tratar de salvarlo, pues era la fuente principal de ingresos para nuestra pobre economía. Vi horrorizada cómo el fuego se acercaba con furiosa fuerza devorando todo a su paso.

Rápidamente y con diligencia preparamos desesperadamente una senda entre el pajonal, un poco retirada del cañal, y les pedí a mis empleados que tengan fe, que nuestro chaco se iba a salvar, invitando a todos a rezar conmigo y pedir a Nuestro Señor Jesucristo y la Virgen María que nos ayudaran y así me metí dentro del pajonal rezando casi de hinojos. Los mozos me gritaban “sálgase” es peligroso por las víboras.

La pedía llorando a Dios y a la Virgen que me ayuden a salvar mi caña, pues de ella sacábamos los recursos para vivir. Con la venta del producto sacado de la agricultura, manteníamos los gastos de las estancias; pues no teníamos autorización de mi padre para disponer del ganado y Julio era muy correcto. No tocaba nada sin la venia de mi padre.

Salí del pajonal fortalecida y tranquila, con la confianza puesta en el Ser Supremo, de que todo se salvaría. Los mozos me hicieron notar que el viento se fue calmando, llegando despacio

a la senda que habíamos hecho. Lo poco que lograba pasar fue apagado por ellos. Ante este acontecimiento les expliqué que con fe y sacrificio, todo se consigue y que hay que tener confianza en Dios, que este nunca nos abandona.

Preparé e hice un velorio a la Santa Cruz con mucha fe y devoción. Adorné el altar con flores de Palo Santo; quedó muy hermoso. En conmemoración a ese milagro, transformé esa fecha en un acontecimiento de agradecimiento al señor. Cuando mi padre y mi marido se enteraron de los sucesos, reconocieron que fue un verdadero milagro.

- 0 -

La casa de vivienda, en el establecimiento se encuentra apegada a la cañada y ésta tiene gran cantidad de animales salvajes, contándose entre ellos: capiguaras, lagartos y reptiles como la Sicuri, además una infinidad de garzas y pavas.

En las noches de luna se les veía pasear por la placita, enormes caimanes que se desplazaban plácidamente de un lado de la cañada a algunos pozos que tenía agua, alrededor de la gran loma de San Nicolás, aledaña y a no mucha distancia de las casas.

Un día negro y de desgracia envolvió a nuestra pequeña. Mi hijo Mario fue con otros chicos a bañarse a una poza recientemente hecha al lado de la cañada. De pronto oí que lloraba. Salí corriendo hacia donde éste se encontraba con un negro presentimiento. Venía ayudado por otros con la pierna ensangrentada; pues le había mordido un lagarto. De la pierna le colgaba el pedazo de carne detrás de la rodilla, por suerte no llegó a arrancárselo y no le rompió el tendón. Desesperada

empecé a curarlo echándole agua oxigenada y procedí a vendarle.

Julio estaba en el puesto ganadero llamado Papayo viendo los ganados de esa estancia y cuando retornó, le puso una inyección de antitetánica. Todo era movilización en el establecimiento; se buscaron los bueyes y se preparó el carretón que nos trasladó a Trinidad en busca de mejor ayuda.

Como ya se nos había hecho costumbre, nos alojamos en el residencial de la señora Fidelia de Añez. Uno de los médicos que lo vio recetó penicilina cada tres horas. Recién se estaba utilizando éste antibiótico, pues antes sólo conocíamos las sulfas.

Pro suerte estaba de paso para Santa Cruz el avión presidencial. Decidí buscar más ayuda y haciendo gestiones con gente amiga, logré subir con mi hijo. No existían taxis en ese entonces y el único vehículo era la góndola del Lloyd, con la cual se trasladaba a los pasajeros a la pista.

Como el avión salía muy temprano, tuve que irme al aeropuerto con mi hijo enfermo en brazos y el más chico caminando. Todo el trayecto a pié. De Santa Cruz pasé a Cochabamba. Allí lo examinó el doctor Galindo y me dijo que la curación fue perfecta, todo había cicatrizado bien. Me felicitó y me dijo: Señora, somos colegas.

Ante los acontecimientos pasados y el sufrimiento que éstos me trajeron, me resigné a separarme de mis hijos mayores. Mario de siete años y Orlando por cumplir seis. Los deje internados en el colegio La Salla en Cochabamba, retornando al Beni y al campo, donde me esperaban mi hija Nancy y mi esposo.

- 0 -

Recuerdo a mi buena y abnegada empleada Ignacia Salvatierra, que me acompañó cuando vine por primera vez a San Nicolás. Bueno mujer. Papá me la mandó desde Chiquitos. Era tan valiente que después de determinar sus quehaceres domésticos, me ayudaba en los trabajos de los chicos.

Una vez se enfermó y se puso muy mal; hice todo lo que estaba a mi alcance para salvarla, pero todo era inútil. No mejorada nada. Como último recurso y ante la impotencia, le rezamos con gran devoción a la Virgen María y al Corazón de Jesús, mientras algunas mujeres la atendían y le practicaban fricciones con aceite caliente. Yo quería mucho a mi empleada y amiga y recé con toda devoción que Dios escuchó mi ruego, Ignacia fue recuperándose y abrió los ojos, mirándome con ternura y agradecimiento. Mientras duró la curación, me senté en una precaria chapapa que le servía de lecho, a dirigirla. Con tan mala suerte que me lesioné la pantorrilla y estuve bastante tiempo casi impedida de caminar. Pero lo más importante es que mi enferma se salvó.

- 0 -

Todavía no se había terminado de construir la casa de dos pisos y vivíamos en las dependencias de debajo, de la primera parte de las viviendas de la hacienda. Mi hijo Nancy tenía como tres años de edad. En la mesita que servía de ayuda al lado de la cama, teníamos unas botellas con remedios caseros de mayor uso y un candelero con una vela de cebo encendida, que servía para darnos luz en las noches. Las choricitas que acompañaban a mi hija y que eran dos, rodeaban la mesa jugando.

Recuerdo que con unos amigos que nos visitaban, Julio y yo conversábamos con ellos en la pieza del lado que nos servía de comedor: Cuando de pronto un presentimiento me llevó llena de congoja y pena a buscar a las niñas y me dirigí al cuarto vecino a ver que hacían las tres, y lo primero que veo fue una culebra Jichimora liada en la botella, que miraba curiosa a las inocentes criaturas. Por gracia de Dios no era una serpiente venenosa, de las tantas que había en ese entonces en los alrededores.

Llame a mi cuñado Ives Antelo que se encontraba en ese entonces con nosotros y dueño de las estancias vecinas de Palma Sola y La Capital, para que viera esto, cosa que le impresionó tanto que según él, fue motivo para no querer saber más del campo.

- 0 -

Cando recién llegamos a San Nicolás, vivíamos en una casa con paredes de astillas techo de motacú y en ella todas las comodidades dejadas por el anterior dueño, fueron una fiambra y un catre viejo.

Mi amiga de infancia Alicia Sciaroni, la cual me visitaba seguido y la quiero mucho, fue de gran ayuda; a amistad que nos une viene del colegio y se afianzó con el paso del tiempo, pues cuando salimos del colegio y al ser vecinas ya en el campo me prestó valiosa colaboración, trayendo del establecimiento donde vivía, cajones que me sirvieron de muebles, que llenaron en gran parte mis necesidades, ya que los use como maletas y roperos. A un le puse cortina y un pequeño mantel y fue mi primera mesa de noche.

- 0 -

Mis experiencias con las víboras fueron permanentes, pues un día encontré debajo de mi cama una curichera enroscada durmiendo placidamente. Parece que había cazado recientemente y estaba llena. La casa primera de San Nicolás, estaba muy cerca de una cañada llena de reptiles.

- 0 -

Papá cada año venía a ver sus estancias y me decía: “Cualquier momento me va a llegar la noticia, que se les ha quemado la casa con todo adentro. Es bueno ir pensando en construir una vivienda de materiales. Y todo esto era porque la cocina que teníamos, estaba apegada a la de vivienda, con el peligro consiguiente de un incendio.

Una noche dormía mal y desperté sobresaltada; algo me decía que las cosas no estaban bien. Me levanté y vi todo claro como la luz del día. Se estaba incendiando mi casa. La jabonera o sea la mujer encargada de hacer el jabón para los gastos de las estancias, no apagó sus tizones después del trabajo; el viento los revivió y empezaron a arder, quemando el horcón de la cocina y posteriormente el saldo de la misma.

Ante la contingencia y como me encontraba urgida por el inminente peligro, me movilicé rápidamente, descalza y sin linterna; empecé a apagar el fuego. Ante los gritos, llegó gente y entre todos apagamos el fuego. Cuando regresé a mi cama, la oscuridad me hizo dar miedo y durante el resto de la noche, soñé con serpientes de todo tipo que me mordían. Julio estaba en los puestos ganaderos y siempre que pasaba algo, me encontraba sola y saliendo en bien de ellas. Por eso es que tengo

tanta fe en Dios, ya que siempre me dio su protección.

Estando vivo Julio sucedió este pasaje milagroso para mí. Viajé a caballo desde San Nicolás hasta Trinidad. A los pocos días llegué a mi casas, me puse a barrer; de pronto me di cuenta que mi anillo no tenía la piedra, parece que ésta se había caído mientras hacía las faenas domésticas.

Pedí de todo corazón al Niño Jesús, que hiciera aparecer la piedra de mi anillo, ya que era la única joya que poseía, prometiendo que si esto sucedía, haría donación anónima de una importante suma de dinero a alguna persona necesitada.

Estaba sola en mi pieza comiendo una lima, encontrándome muy tranquila y segura que mi pedido sería concedido, pues mi fe en Dios es real, cuando vi algo que brillaba entre el piso y un cajón que servía para guardar cosas cuando llegaba del campo. Algo llamó mi atención. Apareció la piedra de mi anillo.

Este acontecimiento coincidió con la llegada de mis hermanas Yolanda y Urbanita desde Santa Cruz, les conté lo que me sucedió y les pedí que me sugirieran a quien ayudar para cumplir mi promesa, y palabra empeñada al Señor. Mis hermanas me informaron del estado de extrema pobreza, en que se encontraba una prima nuestra. Alicia Justiniano Chávez.

Alicia vivía desde hace mucho tiempo en la ciudad de Cochabamba, en la pensión de una familia Moreno. Esta infortunada pariente, tuvo la desgracia de quedar ciega al nacer su hija. Virginia Velarde, cuyo padre Hernán Velarde no se ocupó de ella. La persona que le ayudó a criarla y les dio cariño y cobijo, fue Elda Quiroga, sobrina de las Moreno y dueña de la pensión.

Cuando Julio fue a Trinidad, envió un giro a nombre de ella, la cual recibió la grata noticia lloran de alegría. Cuenta que hacía varios días que pedía a Dios ayuda y a su hijo Jesús para resolver tan desesperada situación. Las Moreno estaban a punto de echarla fuera, ya que no tenía como mantenerse y peor pagarles al alquiler desde mucho tiempo atrás. Su jubilación con la cual contaba, no le alcanzaba para mucho. Cuando recibió el dinero se hincó llorando, dando gracias al Niño Jesús, y desde ese momento cambió su vida. Nunca supo de dónde le llegó la ayuda.

Pasado el tiempo, esta misma prima Alicia, que ya estaba ciega, me sugirió yo donara un lote para los ciegos de Santa Cruz, por lo cual doné un lote de cuatro hectáreas que lo entregue a nombre de mi madre, que era la anterior dueña para no tener que hacer mucho trámite. Pero luego este terreno quedó muy cerca del parque industrial, por lo que el Dr. Merino tuvo que venderlo.

- 0 -

Cuando murió mi madre, el Dr. Merino me escribió una carta, donde me daba los pésames y en la cual también agradecía, porque gracias a esa donación se pudo iniciar la reeducación y rehabilitación de los ciegos. Habiéndose sostenido el instituto durante cerca de cuatro años, hasta que llegó una misión evangélica Alemana, que en ese entonces tenía a cargo la labor, mediante el Comité "APRECIA", el cual sigue vigente hasta hoy. La carta mandada por el Dr. Merino aún la conservo.

Santa Cruz, 8 de octubre de 1779

Señora  
Aída Chávez de Boheme  
Presente.-

Distinguida Señora:

Mediante la presente me permito hacer llegar a su digna persona y mediante a Ud. a su honorable familia, el sentimiento más profundo de condolencia por el fallecimiento, de la que era en vida fuera su digna madre Doña Urbana Hurtado Vda. de Chávez; me cabe poner de relieve sobre todas las dotes personales que tenía su señora mamá, para bien de su ambiente familiar y social. La generosidad y benevolencia de que le caracterizaba, gracias a esas virtudes los ciegos de Santa Cruz, pudieron iniciar su Re-Educación y Rehabilitación, habiéndose sostenido el instituto durante cerca de cuatro años, hasta que llegó la Misión Evangélica Alemana “Christopher Blinther”, que actualmente tiene a su cargo esta labor mediante el Comité “APRECIA”.

Al hacer llegar a su familia en mi nombre y en el del os no videntes de Santa Cruz nuestros más sentidos pésames, también significamos nuestro profundo agradecimiento y pedimos al eterno que la tenga en su gloria como ella la merece.

Dr. Luis Alberto Merino  
Jefe Departamental de la Ceguera

Otro recuerdo que llevo grabado en mi memoria, es el de un hombre admirable como era Monseñor Avelino Costas, que albergó a dos monjitas que llegaron de civil, después de la guerra de Europa.

Esta vivían en la calle Bolívar, y yo fui por dos veces a pedirles ayuda; que rueguen al Señor Jesucristo por mi. En agradecimiento les dejé una pequeña ayuda que ellas tanto necesitaban. Dios oyó sus ruegos y los que le pedía fue solucionado.

Después Monseñor les dio otra casa cerca del Hospital San Juan de Dios, para que vivan ahí. Después de mucho tiempo en una de mis venidas, supe que las monjitas habían abierto una academia de Corte y Confesión, en la cual tenían muchas alumnas. Yo fui a hablarles para que les enseñen a coser a dos sobrinas. En la academia ya no había espacio, pero como se trataba de mis sobrinas, las aceptaron.

Al tiempo, al volver nuevamente de vacaciones del Beni, me enteré que las monjitas fundaron el Colegio María Goretti, lo cual me alegró mucho.

# **LA MUERTE DE MI PADRE**

---

Papá había comprado una estancia al señor Fernando Cuellar en la zona del río Apere, en el departamento del Beni. Este lugar quedaba en la banda del río Mamoré, lugar donde engordaba su novillada.

Todos los años arreaba su novillada gorda, recolectada de sus distintas propiedades y el destino final era el departamento de Santa Cruz, en sus estancias de la laguna Concepción, donde terminaba su invernada y su posterior venta la mercado local y argentino (Salta).

Como presagiando su muerte, mientras embarcaban los novillos a la lancha que les cruzaría el río Mamoré, uno de los más grandes saltó, con tan mala suerte que golpeó en la cara de mi padre, dejándole ésta morada y también parte del cuerpo. A raíz de esto desistió de mantener esa propiedad, la que posteriormente fue vendida. Este fue su último viaje y estaba en el Beni.

Después de veinte días de viaje, llegó a los alrededores de la laguna Concepción, en su propiedad llamada San Agustín. Allí le dio un ataque al corazón, muriendo en consecuencia.

Como presintiendo alguna desgracia irreparable, me sentía nerviosa y no podía quitarme esa congoja que oprimía mi pecho. Mi padre murió un dieciocho de junio de mil novecientos cuarenta y tres. Todavía recuerdo el vuelco que dio mi corazón,

cuando vi que un carretón entoldado, se dirigía hacia San Nicolás por el callejón de entrada. Habitualmente esto no significaba nada anormal, pues siempre venían compradores de víveres de las estancias vecinas.

Mi presentimiento era cierto, pues me entregaron una carta que me enviaban por intermedio de Don Pedro Vieira, amigo de mi padre, donde me pedían que viaje a Santa Cruz, para estar en esos momentos de dolor al lado de mi madre y familia.

Como en ese tiempo era difícil viajar con rapidez, quedé en San Nicolás rezando la novena para mi padre, con todo el personal y siempre siguiendo sus enseñanzas. No dejar el deber. Mi hija Nancy tenía cuatro meses de edad, papá no la conoció y cuando pasaba por Trinidad, la mandó unos aritos de oro de regalo.

# LA MUERTE DE JULIO

---

En el año mil novecientos cincuenta, saqué a mis hijos del colegio La Salle en Cochabamba para tenerlos conmigo, trayéndolos a estudiar a Trinidad. Ese fue un año bello y feliz para mí; porque además de estar con mis hijos, noté la falta que les había hecho durante todos esos años de internado. Pero aparte de ser el año de felicidad con mis hijos, marcó mi vida con la desgracia, pues murió mi esposo.

Recuerdo pasábamos las vacaciones en las estancias, pero como mi hermana Yolanda y tres amigas de Cochabamba, llegaban a Trinidad de paso a Guayaramerín, salí y deje a mis hijos al cuidado de Julio y me fui con ellos e hice el viaje.

Nos embarcamos en el puerto de Loma Suárez y vivimos una de las aventuras más apasionantes durante la travesía. Ya en la ciudad de destino recorrimos ésta, la cual no era grande y pasamos al lado brasilero donde hicimos compras. Este viaje duró una semana.

Cuando retornó del viaje que fue una experiencia encantadora, encontré a Julio bastante enfermo, se encontraba con una fiebre alta; tosía constantemente y en ratos entraba en un estado de sopor y deliraba. Alarmada por el estado grave que presentaba y la falta de recursos en la estancia, esa misma tarde emprendí la marcha al pueblo.

Viajamos en el carretón día y noche sin parar, pues la urgencia

no nos permitía ello. Inmediatamente llegamos se llamó al doctor Viador Pinto. El primer diagnóstico fue de fiebre amarilla y se procedió de inmediato a su tratamiento; vinieron sus amigos, los doctores Abularach y Zelada a visitarlo y aprovecharon para examinarlo difiriendo con el diagnóstico, diciendo que lo que julio tenía era una pulmonía avanzada, cambiando el tratamiento.

Julio no mejoraba, los medicamentos no surtían efecto y yo cada día más desesperada no sabía a quien recurrir en busca de salud para él. Oraba constantemente pidiéndole a Dios que me lo salvara.

Al día siguiente, sin llamarle, vino a su lecho de enfermo un sacerdote, que acercándosele le dijo; Don Julio persónese. Como ésta ya no tenía fuerzas, levantó un poco la mano derecha en señal de asentimiento. Arrepiéntase de sus faltas cometidas. El movió la cabeza. Ya no hablaba.

Desesperadamente esperábamos la llegada de un avión expreso que tenía que llevarlo a Santa Cruz, el cual estaba retrasado porque llovía torrencialmente. Cuando fui a pagar el expreso, dentro de mi desesperación y aturdimiento, largaba los billetes en bollos, no sabía lo que hacía. Vivía flotando en un mundo irreal y con la sensación de estar dentro de un sueño o pesadilla; pero que sólo era espectadora del mismo. No tenía en esos momentos una real dimensión del drama que vivía.

Cuando regresé, unas amigas que me acompañaban en la vigilia me dijeron que Julio me buscaba fatigado, que miraba por todos lados; con sus ojos demostrando la ansiedad de verme. Me senté junto a él. Abrió la boca como queriendo hablarme y balbuceando palabras muy quedad e inaudibles, quedó

placidamente dormido sobre mi pecho.

Dándome cuenta de la terrible realidad, con desesperación lo recosté sobre el lecho. No podía llorar y me mordía los labios. Esta reacción, creo, fue porque cuando lo encontré mal en el campo, tomé muchos tranquilizantes para no llorar, porque cuando todavía podía hablar me daba fuerza y me reprendía por mi debilidad. Aconsejándome que si sucediera lo irreparable que fuera valiente y demostrara el temple que me caracterizaba y siguiera viviendo para mi misma y mis hijos.

Agotada de tantas emociones, dormí un poco en la madrugada descansando algo, pues a las siete de la mañana tenía que viajar a Santa Cruz.

Orlando Roca (Cara de Pato), se portó excelentemente y siempre me ayudó en estos momentos difíciles. Vino a recogerme. Muchos amigos me acompañaron en esos momentos de dolor, la que no me dejó sola fue Estela Vargas de Aquín.

Como póstuma despedida al amigo, en nombre del pueblo trinitario, el señor David Monje Pacheco, leyó un emotivo discurso antes de subirlo al avión. Todo este ajeteo pasaba por mí, como si no fuera real y esperaba despertar cualquier momento con mi marido sonriente que me dijera: Aída, despierta, ya todo pasó y retornábamos a San Nicolás, donde nos esperaban nuestros pequeños hijos.

Cuando llegué a destino, al encontrarme con mis hermanos y demás familiares, todo el temple que había demostrado se derrumbó y lloré desconsoladamente, derramando las lágrimas que hacían falta para desahogar, mi espíritu que estaba

comprimido de tanto dolor.

En la casa de mi madre, con todo ya listo para el velorio esperaban sus hermanas Luisa y Celia. Las cuales con lágrimas se me apegaron y se acercaron a su hermano muerto. No supe más, perdí la noción de la realidad y me quedé dormida. No tenía resistencia para más.

Tengo en mi recuerdo y guardo un gran agradecimiento a Bergman Monasterio que era jefe de Policía en Trinidad. A Hemult Abel, a David Bánzer y a muchos amigos más, para los cuales guardo una eterna gratitud.

Los acontecimientos que narro y marcaron mi vida, ocurrieron a fines de mil novecientos cincuenta, el catorce de noviembre y desde allí comenzó una nueva etapa. Como me costó acostumbrarme a la falta de la compañía de este ser maravilloso que era Julio, que con todas las fallas humanas que pudiera haber tenido, era afectuoso, correcto y honesto.

No habían pasado más de veinte días de la muerte de mi esposo, que regresé nuevamente a San Nicolás, para de ese momento en adelante atender yo sola todos los trabajos, convencida de que solamente llevando adelante la obre que emprendimos juntos, alcanzaría la tranquilidad y la conformidad a la nueva situación surgida y que su recuerdo sería como un bálsamo a mi soledad. Dándome entera a ello, a mis hijos y mis cosas.

Mi padre había muerto siete años antes y conformábamos con mi hermano Hugo una sociedad. Los puestos de estancia que quedaron con nosotros fueron los siguientes: La Punta, El Papayo, San Pablo, Uñas Verdes, El Bajío y Villamontes. Lugares que hoy se encuentran en poder de mis hijos.

En la época de la sociedad se construyó y adosó a la casa de vivienda, una parte de adobe y ladrillo de dos pisos, que sirvió para tener mayos privacidad. Parte de la vivienda no la terminó Julio, pues su prematura muerte dejó truncada su obra.

Mi marido había instalado una pequeña planta de alcohol. Terminé con la producción, pues mucho robaban y como consecuencia existían permanentes borracheras entre el personal, con el resultado de peleas y crímenes. Quedando la producción de caña sólo para fabricar miel, empanizado y azúcar.

El barreno que quedaba como resultado de la industrialización de la caña, se mezclaba con maíz y se lo utilizaba como alimento de los animales caballares, con el resultado de mayor producción y rendimiento de estos hatos.

Después de la muerte de Julio y con las experiencias de mi hijo Mario, cuando el accidente de la mordida del lagarto y mi hijo Orlando, que con fiebre alta lo lleve a Trinidad en carretón. Me llevó a buscar mejor alternativa para educarlos, tomando la decisión de separarme de ellos temporalmente y así con mi sacrificio de madre, preparar para ellos las condiciones de una futura vida mejor.

Recuerdo que el viaje con Orlando enfermo fue un calvario, llegando un día viernes Santa a San Javier, había cantidad de mosquitos, por lo que me quedé a dormir dentro del carretón enmosquiterada. Rezaba permanentemente, pues veía a mi hijo muy mal y ante la tragedia vivida con mi esposo, creía que otra desgracia como perder a mi hijo no lo soportaría y con todo el dolor de la impotencia de una madre, ante algo contra lo cual

nada podía hacer; cuidaba a ésta que derramaba sangre por la nariz y se la tragaba.

Parece que la Virgen María, escuchó mis ruegos y bastante entrada la noche se calmó y durmió, pasando el resto de la velada tranquilo. Al día siguiente amaneció más calmado y seguimos viaje al pueblo de Trinidad. Tengo la sensación y doy gracias a Dios porque siempre me protegía y ayudó en todo a lo largo de mi existencia.

Cuando mandé a mis hijos a estudiar, quedé sola y tuve que continuar con los trabajos. Empecé a emprender muchas cosas, las cuales me han servido para hacer lo que he hecho durante mis años de trabajo en San Nicolás. Arreglé el fondo de la casa de pailas reponiéndole el tiesto que estaba deteriorado. No sabía como hacerlo, pedí ayuda a un mozo que fue mi pailero. Este no quiso venir ante mi llamado, cosa que no comprendí; porque siempre lo habíamos tratado bien.

Ante esta contingencia me puse los pantalones y me metí en el hueco donde debía ser asentada la paila. Puse los ladrillos con barro y los asenté uno por uno formando la base que sostendría la paila, luego con una mezcla de hueso y sangre se acomodó ésta. Saliendo la operación correcta. La mezcla llamada betún que se usa para endurecer los contornos del fondo, sabía como prepararla y era con de res, que dejándolo podrir varios días, se le adosa hueso quemado y molido, quedando lista para su uso.

Como forma de llenar mi soledad y para paliar mi dolor, me fui de lleno al trabajo, no dejando tiempo para los malos recuerdos; dormía en una hamaca cerca de la casa de pailas, dentro del galpón donde se molía la caña, cuidando el trabajo y en momentos relevaba al que metía ésta al trapiche.

Los sembradíos eran grandes y la molienda duraba mucho tiempo. Para el turno de la noche tocábamos campana y como los trabajadores no llegaban juntos, tenía muchas veces que remplazarlos. La limpieza del jugo de caña la efectuaba el pailero con agua y lejía, cosa que hacía echando periódicamente una pequeña porción, viéndose como inmediatamente se levantaba la espuma, y dentro de ella la suciedad del caldo. Con el tiempo usé bicarbonato, porque era más fácil, ya que preparar la ceniza era muy costoso.

Trabajé en esto durante varios años, hasta que me cansé por la falta de interés y cuidado de los trabajadores; ya que el que mete la caña, se dejaba alcanzar con los animales y cuando el palo mayor del trapiche les golpeaba los garrones, se encabritaban soltando los arneses y salían disparando enloquecidos. Todos estos problemas acabaron con mi paciencia y dejando de lado mis ímpetus, dejé esta actividad. El trapiche de fierro todavía existe y se lo usa para hacer algo de miel esporádicamente.

Llevo cincuenta años de trabajo y si no fuera por los problemas de salud, estaría en la lucha con el mismo tesón de antes; pues energías no me faltan.

## **MI SOCIEDAD CON HUGO**

---

Después de muerto Julio, se decidió terminar la sociedad que manteníamos con mi hermano Hugo. La sociedad se formó como consecuencia de la muerte de mi padre, para que este hermano mío no se gaste su parte de la herencia paterna; pues era muy joven.

Cuando tomamos la decisión, no tuve la suerte de escoger lo que me gustaba y dejé que Hugo eligiera lo que viera más conveniente para él, quedándose con la estancia Uñas Verdes que queda al lado de San Nicolás. Como yo tenía interés de que fuera mía durante mucho tiempo, centré mi atención en ella. Le hice mejoras, porque tenía el ganado Cebú que me gustaba sobremanera.

Hugo no tenía interés en llegar a efectivizar la partición, mientras gastaba dinero de la sociedad. Después de muchos dolores de cabeza e inconvenientes, fue posible llegar a la disolución de la sociedad y separación de los bienes cuestionados.

La forma de partición se efectuó basada en la distribución de las tierras, donde recibí mayor cantidad de hectáreas pagadas en ganado, y el ganado en forma paritaria. El dinero que Hugo gastó de la sociedad, fue puesto en borrón y cuanta nueva a instancias de mi cuñado Lucio Antelo. Por el establecimiento de San Nicolás, pague en dinero el valor de quinientas cabezas de

ganado de corte. Lucio tozudamente insistía en que le fiara el establecimiento a Hugo. Cosa que no accedí.

Como iba pasando el tiempo y no se llegaba a efectuar los acuerdos de la disolución de la sociedad; aprovechando que mi hermano y su mujer paseaban de vacaciones por Cochabamba y que mi cuñado Armando Czerniewicz se encontraba en San Nicolás; me hice entregar por él la parte acordada y puse como testigo de mi legalidad y honestidad al señor Bonifacio Menacho. Este señor esperaba la separación de los ganados, pues tenía que llevarme una tropa a la laguna Concepción, en Santa Cruz.

La entrega la empecé por la estancia San Pablo con el ganado existente allí, y a un precio de bolivianos dos mil. El ganado de Papayo al mismo precio y doscientas cabezas a bolivianos dos mil doscientos por ser catalogados como de raza Cebú.

Al llegar Hugo de su viaje, portándose en forma prepotente y soberbia por encontrarme sola y con mis hijos pequeños, paró la entrega y comenzaron los problemas, avasallando a Armando y portándose atrevido con él. Cuando vino la serenidad, Hugo recapacitó y no creó más problemas en la partición de la sociedad, siguiendo ésta normalmente.

El puesto del Bajío con su ganado de menor calidad, tuvo un valor de bolivianos mil ochocientos por unidad, pasando a propiedad de Hugo. El ganado del Bajío era cimarrón para moverlo y llevarlo al corral y como me encontraba al borde de mis fuerzas ante la falta de consideración, e incluso abuso de éste hermano. Quería terminar cuanto antes esta situación.

La vaquea del Bajío comenzaba temprano. Hugo no hizo

intención de acompañarme a ella. Con el sol apuntando en el horizonte emprendimos la marcha rumbo al campo de pastoreo. En la juntada del ganado manguitada hacia el rodeo no había mayor problema, al principio atajaba y dirigía algunas tropas, pero como a las dos de la tarde, agotada bajé del caballo al lado de una pequeña laguna que había en el campo y con la ayuda de mi sombrero pude tomar algo de agua; esto me ayudó a paliar mi cansancio, con su frescura con sabor a barro.

Como estaba sin desayuno sentí desfallecer y en mi desesperación pedí a Dios que me ayude a salir de este problema, pues creía que estaba suficiente la prueba impuesta, y si me escuchaba ofrecí entregar una buena suma de dinero, para paliar en algo el sufrimiento de los leprosos. El señor me escuchó y así el ganado generalmente difícil de manejar, enfiló sin problemas hacia el corral, entrando todo.

En silencio y en lo más profundo de mi corazón, agradecí por la ayuda prestada y ya en la casa, después de haber comido dos huevos pasados en agua caliente, renové mis fuerzas menguadas en el trabajo y la fatiga. Al fin terminé el calvario que significó para mi, el partir los ganados y bienes de la sociedad. Una vez llegue a Trinidad busqué al Obispo del Beni, Monseñor Anasagasti, e hice a este de una buena suma de dinero, destinado a estos pobres seres que sufrían más que yo.

Pasaron los años y como no soy rencorosa, empecé a ayudar a mi hermano en sus trabajos. Este hizo una pista de aterrizaje, de donde sacaba ganado faenado a La Paz, situación que también fue aprovechada por nosotros.

Hugo casi terminó su ganado y un día me enteré por mi hermana Yolanda, que había vendido Uñas Verdes a Don

Eduardo de Ávila, sin antes ofrecérmelo a mí. Como yo había soñado con ser dueña de esta estancia y además siempre busque que los bienes que fueron de la familia no pasaran a manos de extraños, no pude dormir toda esa noche pensando en la forma de recuperar esa propiedad.

Después de pasar prácticamente una noche en vela, buscando la colaboración de mi hermana Yolanda, hice una oferta ventajosa a Hugo y éste aceptó. Siempre creo, tuve la mala suerte de una animadversión y mala voluntad por algunos de mis hermanos, a pesar que traté de ayudarles en todo lo que tenía a mi alcance con desinterés y desprendimiento. Creo que mi destino fue, la incompreensión solapada de ellos.

Mi segundo esposo Alfredo Boheme, cuando se enteró de la oferta, elevó la voz al cielo por encontrarla muy alta, pero gracias a la intervención de un amigo común y su señora, Don Julio Romero y Delci se la convenció de lo acertado de mi decisión. El futuro justificó mi compra.

Aprovechando las mejoras de Uñas Verdes, carneé el ganado que le mandé a Hugo como pago de la propiedad. Pasado este episodio y como la mujer Vilma Bánzer y sus hijos quedaron sin terreno les compré su ganado también a ellos.

Siempre luché por ser propietaria de esos lugares, los cuales quiero mucho, ya que pasé la mayor parte de mi vida en ellos.

# **MI VIAJE EN AVIONETA**

---

Gerardo Torrico Navia; esposo de mi gran amiga Hortensia Suárez de Torrico, con los cuales nos unían entrañables lazos de amistad, me contó que un amigo suyo, evangelista; tenía una pequeña avioneta, con capacidad para piloto y pasajero.

La noticia me interesó y con ese espíritu de aventura que me caracterizó, le propuse que me llevara a San Nicolás. Gerardo aceptó inmediatamente y ante este, que prometía ser emocionante mandé instrucciones a mis empleados, que preparen un lugar cercano a la casa de hacienda, que creía estaba adecuado para la construcción de una precaria pista de aterrizaje.

Cuando se terminó el trabajo de preparación de la pista, llegó un mensajero de la estancia, avisándome que ésta estaba lista para su uso, siendo en consecuencia una de las primeras que se construyeron de este tipo en el Beni.

Era un lunes, el tiempo estaba inmejorable, despejado de nubes; donde el cielo azul presagiaba un día caliente y sin mucho viento. Gerardo había acudido a mi llamado y comunicándole la noticia le pedí que me llevara. Sin más preámbulos, nos dirigimos al Aeropuerto de Trinidad, desde donde emprendimos uno de los viajes más alocados que he visto.

Como ésta era una experiencia nueva y única, dejé a mi amiga

Hortensia, esposa de Gerardo a cargo de mis cosas, por si acaso teníamos algún percance y nos caíamos con la avioneta; pues ésta era vieja y destartalada.

Cuando emprendimos vuelo y como el piloto no tenía experiencia ni cartas referenciales, me pidió que le ayude a reconocer la zona, solicitándome le mostrara como primer paso el arroyo Mocoví; cando llegamos a éste, empecé mi observación del terreno y me fui guiando por los puestos de estancias, reconociéndolos por que había viajado por esos lugares en caballa y carretón por mucho tiempo.

De pronto a lo lejos se divisó la casa de hacienda de San Nicolás, sus techos rojos y paredes blancas, resaltaban entre el verde de la selva y los potreros. Enfiló, Gerardo, la avioneta hacia la pista preparando el aterrizaje, cuando se dio cuenta que ésta no servía y con arrojo y gran pericia para no perder el vuelo, aterrizó en un potrero cercano que encontró apto para este efecto.

Esta situación y la tensión vivida me hizo marear, arrojando dentro de la avioneta, que gracias a Dios tenía dos bolsitas para este efecto, tal vez sustraídas de algún avión del Lloyd Aéreo Boliviano. Una vez en tierra tenía un dolor de cabeza fuerte, cosa que me hizo prometerme ser menos audaz en el futuro. Pasado unos momentos y cuando me vi en mi casa, me llenó mi espíritu de júbilo y alegría; especialmente al notar al importancia del acontecimiento, ya que ahora podría llegar a los centros de ayuda con mayor facilidad en caso de emergencia; ya que a caballo se demora mucho y peor en carretón.

De esta manera se efectuó el primer viaje comercial de taxi aéreo en el Beni. Para retornar a Trinidad se tuvo que rozar por

donde deberíamos despegar, saliendo con dificultad y llegando bien de la experiencia vivida, y ese fue el inicio del taxi aéreo que tiene como pionero a este mi amigo de mi familia.

Después de la experiencia pasada, tuve un arranque de tristeza; ya que por falta de este medio de transporte, perdí a mi marido muy joven y quedé a cargo de todos los trabajos de las estancias. Para cumplir con esta obligación, tenía que salir permanentemente a vaquear y además ver los trabajos en los chacos. Cuan duros fueron esos tiempos, pero no podía dejarme vencer por las dificultades.

Mi primera salida fue a la estancia de Villamontes, en la banda del río Cocharcas. Ahí nos quedamos a dormir, para que los mozos salgan de madrugada al rodeo donde se encontraba el ganado. Quedándome yo sola y sintiendo dentro de mí esa soledad y el silencio del lugar tan extenso. Cuando salió el sol, me levanté y me senté en el corral a rezar, cantar y llorar. Siendo Dios el único que me consolaba, ya que el lugar era peligroso; pues había muchos animales salvajes y al que yo más temía era al tigre. Al medio día llegaron los mozos con el ganado, revisaron éste y luego regresamos. Al bajar el río Cocharcas mi caballo tropezó y me manda o su cuello, volviendo yo rápidamente a mi montura. Debido a esto ese lugar es llamado hoy Trampolín.

Los Choris seguían trabajando conmigo y eran atendidos con el mismo esmero y cariño que les daba en vida Julio. Pero ante los viajes cada vez más largos que hacia a Santa Cruz para ver a mis hijos. Jesús Mercado, mujer de Agripino el capataz les acobardó por los constantes mal tratos que les daba. Todo esto por los celos que sentía, al ver la consideración que les guardaba.

Mis pobres amigos Sirionó, no conocedores de la maldad humana, conquistados por un mozo que había trabajado muchos años en San Nicolás, llamado Casimiro Noe y que estaba trabajando en otro lado, los llevo con él. Llena de problemas y agobiada por el dolor, no intenté buscarlos en ese momento, cosa que después me llenó de remordimiento por el desgraciado final que encontraron; pues enfermaron y murieron. Los recuerdo con mucho cariño. A mi marido lo llamaban Taita y a mi Mama.

De ésta tribu quedaron en el establecimiento: Berta, Dora, Rebeca, Hilaria hija de Berta, Soledad hija de Raquelita y Rufina. A esta última fui a recogerla en avioneta, pues había quedado huérfana, tenía doce años de edad. De ellas aún quedan algunas con vida y tiene hijos y nietos. Pasaron varios años y un día cualquiera apareció por la estancia otra mujer Sirionó, a la cual tengo todavía y se encuentra muy anciana, de nombre María René.

En el año mil novecientos cincuenta y nueve me casé en segundas nupcias con Alfredo Boheme, el cual me colaboró mucho en los trabajos; hizo tejería, se hicieron norias en los distintos puestos, noques para curtiembre, de donde se fabricaba suelas y se las vendías en Trinidad.

Cuando terminó la sociedad con mi hermano Hugo, compré una estancia o puesto ganadero en la provincia Chiquitos, en la zona de la laguna Concepción. Construí una casa de dos pisos en Santa cruz de la Sierra. Esta me costó mucho, pues tuve arquitectos pésimos y al final la que concluyó la obre fui yo. Compre una casa en Trinidad, la cual sirve actualmente como alojamiento para el trabajo y estancia de mis hijos en esa.

Pasaron los años y como premio al esfuerzo, San Nicolás fue inmortalizado, se lo elevó al séptimo arte; cuando el cineasta alemán Hans Ertel filmó la película Jito, Jito. Estuvimos como protagonistas mi hijo Mario y yo.

## **MIS HIJOS**

---

Cuando fuimos con Julio a atender San Nicolás, mi hijo Mario contaba con sólo cuatro meses de edad y a pocos días de llegados, le vino una bronquitis rebelde, empezando a curarlo con remedios a mi alcance, pues no tenía esperanza de poder llevarlo a la ciudad. Durante su enfermedad me olvidé de toda cosa que no fuera estar con él, ocupándome de su curación, de rezar y llorar. Mi pobre muchachito ardía de fiebre y mantenía una respiración agitada, y una fatiga que no lo soltaba. Jesús Mercado me ayudó mucho en estos difíciles trances, ésta era alzadora de mi hijo.

De tanto sufrimiento, me había olvidado de comer, con la consecuencia de una posterior debilidad y con la falta de leche para alimentarlo, cosa que hizo su alzadora que luego fue llamada por Mario; mama Jesús. Todo es tiempo me las pasaba a su lado y no salía del mosquitero. Que precarios fueron mis primeros tiempos en esos remotos lugares. La casa de Motacú y paredes de astillas de Sumuqué que habitábamos, dejaban pasar el viento dañino para la salud de mi hijo y buscando abrigo, tuve que utilizar sábanas atadas alrededor de las precarias paredes.

Ante la falta de mejoría, Julio mandó un mozo a caballo a Trinidad en busca de ayuda y medicinas. Como todo el camino se encontraba inundado, éste tardó viarios días en el viaje y cuando retornó con la ayuda necesaria ya Mario estaba

mejorado. Dios, había escuchado los ruegos y lamentos de una madre desesperada.

Nunca Dios me falló a mis ruegos, pues él ama y soy devota y cristiana, gracias a la formación que me dieron mis padres, y creo que al final este fue bueno y siempre esta conmigo, hasta hoy día. No me faltó aún en los momentos más difíciles. Cosa que me dio fuerzas para soportar tantos sufrimientos pasados.

El hijo de Dios, nuestro señor Jesucristo, siempre nos protege a todos, pues cuando mi hijo tenía avioneta y volaba para los puestos de estancia y hacia taxi aéreo, fue protegido por él. Una vez mi hijo Orlando hizo un aterrizaje de emergencia en una pista inundada y su hermano lo rescató. Siempre que me venían estas malas noticias, yo esperanzada pedía al Señor que me los protegiera. Cosa que así sucedió siempre.

Mario tuvo un accidente que pudo traer irreparables consecuencias, donde su avión quedó completamente destrozado. Cuando me enteré de esto, lloré e inmediatamente pedí ayuda al Todopoderoso para que me lo deje conmigo, y en ese momento sentí la paz y tranquilidad que da la certeza de una cosa, pues me fortaleció la fe puesta en EL.

Este hijo, fue mi compañero desde muy tierno, pus lo saqué a los trece años del colegio, para que me acompañara y ayudara en la atención de las estancias, colaborando así a la educación de sus hermanos. Mi querido hijo siempre fue mi ángel de la guarda, ya que cuento que una vez cerca de San Nicolás, un toro de marca Vieira me trató de embestir. Mario con la destreza del mejor peón de campo, enlazó al animal. Salvándome de un peligro que pudo ser mortal.

En una ocasión, fuimos a sacar el ganado de la estancia Villamontes para trasladarlo a otro puesto de estancia. Un grupo de ganado que cruzó el río, salió a carrera donde no debían dirigirse, corriendo en mi caballo traté de corregirlos y Mario desesperado me alcanzó y buscando enojarme para que desistiera de mi propósito. Me gritó... “vieja de mierda”, deje que ese ganado se vaya; pero no le hice caso y lo atajé, llegando con el hato al rodeo.

Me acerque a mi hijo y lo reprendí por su comportamiento atrevido, a lo que él me contestó. Perdón madre, fue para que te hubieras moderado y fueras mas responsable con tu persona.

De San Nicolás me vine a Trinidad a fines de septiembre de mil novecientos cuarenta, para esperar la llegada de mi segundo hijo Orlandito. El viaje o efectué en carretón; mi carretero era Manuel Yamona, mozo de buena voluntad. Durante el mismo, tuvimos que parar seguido pues me encontraba descompuesta y arrojaba todo el tiempo. Julio, al verme sufrir, me hizo subir y montar a un caballo, para llegar más rápido a donde me prestaran ayuda.

Cuando cruzábamos el curichi Remate, el cual se encontraba con las cañadas semisecas y barrosas, faltando poco para salir de él mi caballo se atascó y me tumbó. El golpe no fue nefasto porque caí en el barro, cosa que lo amortiguó todo y no pasó de un simple susto. Como estaba anocheciendo no tuvimos mas que quedarnos a dormir allí; pasé una malísima jornada, mojada y embarrada.

Mi hijo mayor Mario, venía en un carro de los que se ocupaba mi padre para sus viajes de arreo. Estos son de radios y mucho más altos que los clásicos carretones; este estaba con su

alzadora la mama Jesús. Como los bueyes se cansaron, tuvo que dormir en medio del curichi. Jesús sacó una estaca del carro y con un poco de paja seca, preparó agua caliente para darle de tomas a mi pobre hijo.

Mi compañera del colegio Alicia Sciaroni, que vivía en un establecimiento vecino al nuestro, vino a Trinidad para acompañarme en estos trances difíciles. El parto, sucedió el cuatro de octubre de mil novecientos cuarenta. Este acto de amistad, quedó grabado en mi corazón como una deuda de agradecimiento.

Al igual que en el embarazo de mi segundo hijo, cuando le tocó a Nancy, hice el viaje a Trinidad en carretón; esta nació el once de febrero de mil novecientos cuarenta y tres. Mi marido venía a dejarme y después retornaba al campo para atender los trabajos, dejándome siempre sola en estos trances; pero mi resignación y mis sentimientos puestos en la esperanza de Dios, me reconfortaban.

A los veinte días de mi parto tuve que retornar a mi casa en el campo, pues donde me alojaba había muchas ratas. Anteriormente vivía en esa casa un japonés que tenía almacén, como consecuencia se formó un criadero de esos repugnantes bichos, los cuales salían del canal en bandadas, creando un irreal desfile de estos animales en mis noches de vigilia, Molestaban tanto que prácticamente hacían difícil, sino imposible conciliar el sueño. Me tiraban el ropaje, les alumbraba con mi linterna y veía que desfilaban hacia la puerta del patio en grotesca marcha, sobresalían las largas colas en gran movimiento. Esto me llenó de desesperación y me llevó a retornar pronto al campo. Me fui al carretón hasta el río Mamoré y de allí viaje en lancha a puerto Buenos Aires, para

llegar a mi casa en un viaje de nueve leguas nuevamente en carretón. Cuan difíciles eran esos tiempos.

- 0 -

En uno de mis viajes a Santa Cruz, mi hija Nancy se enfermó de alfombrilla; luego ésta se complicó con diarrea y se agravó tanto, que no consentía ninguna clase de alimento, solamente la mantenían inyectándole sueros. Era tal la deshidratación que ya no tenía movimientos en sus ojos, se encontraba totalmente sin fuerzas y en un estado de flacura impresionante.

El doctor Melchor Pinto, no hizo mucho por su mejoría, cambiándolo por el doctor Fermín Peralta. Este vivía al frente de a casa de mis padres sobre la calle Bolívar. En mi desesperación, no perdí la esperanza en las instrucciones de la novena del Niño Jesús de Praga. Seguí al pie de la letra sus instrucciones, e iba todos los días al templo de San Francisco a rezarle y comulgar. Cuanta alegría sentí cuando al último día de la misma, llegué a la casa y vi que mi hija, me siguió con la mirada. En ese momento sentí que Dios me la había dejado conmigo.

Mi suegra Petrona Ortíz Antelo, vivía al frente de mi madre donde me encontraba alojada. Mandó preguntar como se encontraba su nieta; le dijeron que mucho mejor. Al momento se cruzó para verla, pues no lo creía ya que su muerte parecía eminente. Cosa que llenó de alegría a las dos casas vecinas.

Dentro de mi abatimiento, nunca me falló la fe en Dios y se que éste no me abandonó en ningún instante. Cuando mi hija mejoró le escribí a Julio, contándole que con su hija había sucedido un milagro. Dios me tuvo pena y me la dejó para mi

felicidad, mi marido dentro de su agradecimiento; el que no iba a misa, prometió siempre que estuviera en donde había iglesia que lo haría y así al sonar las campanas de la catedral, se dirigía a misa de seis cumpliendo lo prometido. Osa que lo hizo toda su vida.

Cuando Julio vino muy enfermo del campo, Dios lo premió, pues le mandó un sacerdote sin que se lo llame, para que lo reconforte; apareciendo éste sentado en su silla. Yo me encontraba junto a mi esposo dormida y cuando desperté dijo: Hija, he venido a reconfortarles y a darle la extremaunción al enfermo, acto seguido le pidió que se persignase, a lo que Julio movió la mano en señal de asentimiento, luego dijo: “Arrepiéntase de sus pecados” y este movió los ojos. Ya no hablaba.

Mi hijo Mario, sacó un cuero de un ternero que estaba enfermo de lengüeta o ántrax y le salió en la muñeca del brazo derecho, un grano como una ampolla de pus, que tenía un centro negro. Era el famoso grano de oro.

Lo envié a curación a Trinidad con mi empleado Hernán Duayakosky, quedándome en el establecimiento orando y pidiendo a la Virgen del Carmen, el pronto retorno de mi hijo sano y salvo. Así fue. El empleado volvió con mi hijo sano. Gracias al Ser Supremo. Estos chicos fueron muy traviosos, me dieron mucho trabajo, todo el tiempo se mojaban en las aguas de la cañada.

El cuidante de mis hijos era un muchacho llamado Natalio, éste los dejaba meterse en el agua. En la noche se me presentaban con cortaduras, sunchones, sabañones, dolores de muela, etc.

## **PASAJES VARIOS**

---

En el pueblo de San Javier, paso obligado en los viajes a San Nicolás me alojaba en casa de Don Juan Ramón Vargas. Esto fue en los primeros años. Después me alojaba donde Don Camilo Monasterio, este señor tenía mayores comodidades para los caballos y los bueyes.

En el último viaje antes que lo maten, mande dos fardos de mercadería y cuatro rollos de alambre de púa, para que me los guarde hasta que mande carretón a recogerlos. Yo estaba en trinidad. Los criminales tomaron mi nombre para que abra su puerta. El no abría a nadie. Estos aprovecharon una noche muy oscura, llovía y hacía frío. Teníamos un surazo. La pegaron varios tiros, le quebraron los brazos demostrando una inusitada crueldad. Fue un verdadero mártir.

Como tenía fama de rico y que guardaba libras esterlinas, producto de muchos años de trabajo y privaciones, batieron toda su vivienda. Don Camilo, crió un muchacho que lo acompañaba, este se encerró en su cuarto con miedo, trancándose en tal forma que los asesinos no pudieron abrirlo. Salvando así la vida.

Le mataron al perro.

Los vecinos oyeron los tiros pero no salieron a averiguar y al día

siguiente vieron al perro muerto en el canchón y se encontraron con la tragedia.

Le dieron sepultura.

Cuando supe la muerte de este amigo, viajé a San Javier a asistir a su entierro. Llegué a su casa cuando ya lo había enterrado. Los policías que investigaban la muerte, bebían en su casa. Cuando llegué se fueron a otra casa para continuar bebiendo. Me quedé sola en la casa del muerto, pensando en que me podía ocurrir la misma suerte, ya que viajaba acompañada sólo de un mozo por esos caminos.

Mandé a Agripino a que me la trajera a mi sobrina Laida Chávez de San Nicolás, para que me acompañe. Este era mi mozo de confianza y marido de una criada de Julio. (“mozo” Peón de estancia). Me trasladé a pasar la noche a casa de Jorge Monasterio, sobrino del muerto. De mañana quise retornar a Trinidad con los policías, éstos seguían durmiendo. Hable con Don Jorge, hermano del muerto y le pedí me flete un caballo, dándome el sillonero de Don Camilo diciendo: Llévelo, ya que mi hermano no se disgustaría pues mucho la estimaba.

Al ver, que los policías seguían durmiendo “la mona”, me fui sola siguiendo a los troperos. No los puede alcanzar y cuando llegué al arroyo Mocoví, estos estaban dando de comer a su ganado. Como estaba a sólo diez kilómetros de la ciudad decidí seguir viaje sola. Andaba con mi revolver en la cintura, pero nunca lo usé, ni siquiera para matar alguna alimaña.

- 0 -

Palma Sola, propiedad de bellos campos, el dueño era mi

cuñado Ivés Antelo. Algunos hechos desilusionaron a Ivés y me ví en serios aprietos para ayudarle. Un día, Ivés trajo al hijo de un mozo, el cual se había metido al punta del cuchillo antes del oblijo. Nos consultamos con mi marido de cómo podríamos curar a este chico.

Por la herida, le salía una cosa como una lengua colgando, ésta se la amarré con un hilo y se la cubrí con una gasa para evitar se pegue a la piel y facilite su curación. La puse aceite de Caimán y Sulfa. La herida fue cicatrizando, hasta que ésta soltó. Sanado el muchacho completamente.

- 0 -

Recuerdo un día el mozo Yamona, fue en su carretón al río Cocharcas a traer madera. Los tábanos en esa época molestan mucho, le fatigaron los bueyes y cuando acomodaba las coyundas, un buey le metió la punta del asta en el cachete, cerca de la boca. Le di un buen trago de alcohol para anestesiarlo y dale resistencia, y le costuré dándole varios puntos para ue los bordes se junten. La herida cicatrizó bien.

- 0 -

Un “choricito” de unos once años, se cayó del árbol del mango, con tan mala suerte que tuvo fractura expuesta de clavícula, el hueso perforó la piel y salió afuera. Agripino, mi capataz, le metió el hueso, yo le costuré la piel y le daba sulfa. Pronto sanó.

- 0 -

Una vez en tiempo de aguas viajé de San Nicolás en buey caballo, pues este animal es más fijo en los curichis y el barro.

En el arroyo Mocoví, me junté con otros viajeros, con los cuales compartí el tapeque. Todos los campos estaban llenos. Eran un mas de aguas. El puente soltado en ambos lados, me mojé para subir a él y cruzarlo. Subí a mi buey caballo y seguí viaje a la ciudad. Llegué a la estancia Monovi del Dr. Esteban Ribera, éste no me reconoció al principio, pero al bajarme en su casa a descansar y al saludarme sonriendo me dijo: Tenía que ser la señora Aída. Me atendió muy bien. Los caminos que unían mi estancia con la ciudad, los recorrí en todo tiempo y con toda clase de vehículos.

- o -

Crié a un muchacho, el cual me fue entregado por su madre durante la campaña del Chaco, con apenas un año de edad; pues no podía llevarlo, ya que seguía a su marido.

A su hijo Miquel, lo crió mi hijo Orlando y cuando tenía 17 años de edad, lo mandó al Beni para que trabaje en la estancia del Papayo, porque no quería seguir en Santa Cruz. Orlando tenía de partidario a Samuel Paz, el cual quedó a cargo del muchacho. Un domingo fueron a jugar fútbol y cuando cruzaron el arroyo San Nicolás, parece que tuvo un calambre y se ahogó.

Se lo buscó todo el día sin encontrarlo, a los dos días de lo halló flotando. Se le dio sepultura en el panteón que tenemos en el establecimiento.

- o -

Después del entierro, quedé muy sufrida pues estimaba mucho a este muchacho y para distraerme, me puse a arrancar malvas cerca de la casa, a pocos metros de donde había una vaca

amarrada para ser sacrificada.

Cerca de donde me encontraba, estaba dando clases en la escuela el profesor Rolando Arce, éste me gritó: Señora Aída, la vaca está suelta, ¡cuidado!...

Me enderecé y vi cómo el animal mirando con los ojos extraviados de rabia, corrió hacia mí, Me tendí al suelo y ésta me saltó por encima sin hacerme daño. Los mozos la enlazaron, pero antes había corneado y muerto a una de las yeguas que pastaba cerca de mí.

Pasó esto y fui a mirar el trabajo de un alambrado que se estaba componiendo. Uno de los trabajadores había puesto un cuchillo en un poste, y en lo que me acerqué sin precaución alguna, me metí la punta en el brazo, cerca del hombro. Regresé a la casa agarrándome y apretándome con fuerza la herida, para evitar la consiguiente hemorragia. Estaba asustada y dolorida. Todo esto me sirvió como medio de distraerme y olvidad en parte, lo que le había sucedido a este pobre muchacho.

## **EL CERRITO**

---

Esta propiedad la conocí de soltera y sabía que era la mejor de las que se encontraban alrededor de la laguna. Estuve de paso por ella cuando vivían sus primeros dueños, siendo estos Don Cirilo Melgar y su señora. En este lugar conocí a la hija de ambos, la señora Rosa de Hollwer.

El señor Hollwer, después de estar mucho tiempo en El Cerrito quedó sólo, viviendo de la ordeña, haciendo queso; los cuales eran vendidos en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Todo esto lo conozco, porque mi padre era vecino suyo, colindaba con su puesto de estancias Las Abritas, lugar que también colindaba con la propiedad de Don Hormando Vaca Diez y Don Marcial Suárez.

Papá nos llevaba todos los años a sus estancias de la laguna, para que aprendamos del campo. Decía...

Ya viuda pensé en comprar El Cerrito y como tenía posibilidades, hice la operación comercial, un año de mil novecientos cincuenta y uno. Mi primer grupo de ganado, fue llevado en flete por Don Bonifacio Menacho, el cual quedó a cargo de la administración.

Dentro de mis primeras experiencias, tenemos el viaje que hice para comprobar las noticias de la inundación. Viajé desde San

Nicolás, donde me encontraba atendiendo mis trabajos centrales y una vez ya en Santa Cruz, tomé el tren hacia Corumbá (Brasil). Recuerdo que todavía éste no llevaba vagones: sino planchas.

El sol era fuerte y creaba un estado de calor y sopor agobiante, que no era paliado en nada por el viento que producía la poca velocidad del tren, las chispas que salían de la locomotora, colaboraban a hacer el viaje aún más incómodo. Aprovechando una parada del tren para cargar leña, cosa que hacían los trabajadores del ferrocarril, ayudados por los pasajeros; corté unas matas de un monte cercano para hacerme algo de sombra y así, protegerme de la brutal agresión del sol y las chispas de carbón encendido.

El viaje fue una real odisea, pues ya cansada me dormí y aprovechándose de esto, en ese ínterin me robaron mis zapatos. Pudiendo haberme quedado descalza, si no hubiera llevado mis botas en la maleta de viaje.

Después de un viaje que me pareció interminable, por fin el tren paró en la estación El Tinto, a ciento ochenta kilómetros de Santa Cruz, lugar de destino; por esa vía de transporte. Bajamos con mis acompañantes, que recuerdo eran Domingo Cuellar y Ramón Gómez, trabajadores del Cerrito.

En la estación vivía una señora que me atendió con una solicitud exquisita y llegó a ser muy estimada por mí. La señora Ina Menacho. Mujer muy amable y servicial.

Al despuntar la mañana del día siguiente, salimos a caballo rumbo a la laguna y tuvimos que cruzar un cerro, con tan mal camino o mejor dicho senda, que bajamos de los caballos para

sortearlo. Pasando el tiempo mi hijo Orlando lo dinamitó y lo volvió expedito para vehículos motorizados.

Después de viajar dos días buscando las alturas del terreno, llegamos al puesto de estancia. La inundación no había dañado ni la casa ni el ganado.

El segundo viaje que efectué al Cerrito, lo hice acompañada por mi hermana Urbanita, viajamos en un ferrobús expreso que había tomado Emilio Antelo con destino a San José de Chiquitos. Llegamos a este pueblo y nos alojamos en la casa de la señora Briseida Franco, madre de Hernán Egüez, mujer muy buena y cariñosa; no atendió a las mil maravillas y nos consiguió un auto carril para que pudiéramos desplazarnos hacia Quimone, estación vecina a El tinto, desde donde teníamos que tomar caballos para seguir hacia la estancia.

En Quimone, cuando llegamos, nos encontramos con los mozos de Ernesto Vaca Diez, los cuales tenían sus animales caballares, pues habían traído un ganado para embarcar al tren con destino a Santa Cruz. Como nuestros peones, no habían llegado todavía y las sabandijas eran insoportables, les solicité el servicio de sus caballos, indicándoles que no tuvieran pana, porque el dueño; era amigo y vecino.

Usando este servicio, llegamos a la estancia Equito, de Adolfo Justiniano, donde encontramos a nuestros empleados con los caballos. Agradecí los servicios prestados y regalé algo a los mozos. De Equito, salimos con mi empleado Pastor Menacho de guía. Mi hermana Urbanita se agarraba al ensillado o apero con uñas y dientes, por miedo a caerse dentro del barro en el camino, pues estaba feo por una lluvia reciente.

En mis varios viajes hacia El Cerrito, donde por lo mal que se estaba en los vagones de pasajeros, generalmente lo hacíamos en el vagón de los conductores, pues éste era más cómodo. Una vez una chica en la estación Tuna, ofrecía majadito de charque gordo y Hernán Egüez le preguntó: De donde es este charque gordo y lindo a lo que la niña contestó; de la estancia El Cerrito.

Llegue a Santa Cruz y después con una tropa conducida por mi capataz, despedí a Domingo Cuellar, pues era el que estaba robando el ganado y vendiéndolo en las estaciones del ferrocarril.

# EL HOMENAJE

---

El tiempo fue pasando inexorablemente, los años fueron minando mi fuerza física, pero mi espíritu, sigue firme y fuerte ante las luchas y adversidades de la vejez.

La familia ganadera del departamento del Beni y Pando, me dio un aliciente final en mi vida activa como trabajadora del sector, reconociendo mis tantos años de sacrificio puestos en servicio de mi familia, el sector y el país.

La Federación de Ganaderos del Beni y Pando, en mil novecientos setenta y cuatro, me designó para otorgarme la distinción al mérito ganadero, por la noble y fecunda labor dentro de la explotación pecuaria. Acto que se llevó a cabo en un congreso departamental en la localidad de Reyes.

Trinidad, Agosto 22, 1974

Señor.-

Dr. José Luis Ramírez

DIRECTOR GENERAL DE GANADERÍA

LA PAZ

Señor director:

**Ref: DISTINCIÓN A GANADERO**

Utilizo este medio para dar respuesta a su radio 233/74, con objeto de poder hacerle conocer más ampliamente algunos

datos que creemos son de importancia en la elección que hemos hecho, en consulta con muchos ganaderos y colegas, y casi todos los miembros de la FEDERACIÓN DE GANADEROS DEL BENI Y PANDO, y en los cuales hemos basado que merezca esta distinción. Se trata de la señora AÍDA CHÁVEZ HUTADO.

Esta dama nacida en Santa cruz y que a la fecha con medio siglo de trabajo en la pecuaria, desde muy joven se unió en matrimonio al extinto Sr. Julio Mercado. Se dedicó con sacrificio y tesón a la crianza de ganado bovino en nuestro departamento, dando muestras de superación; pues en el establecimiento que poseían y que aún conserva, se producía todo lo necesario para el sostenimiento de las estancias y su personal, inclusive abasteciendo normalmente azúcar, quesos, manteca, charqui, arroz, etc. a la ciudad de Trinidad a donde llegaban en los tradicionales carretones conducidos por sus peones, al mando de ella.

Así fue, que a la muerte del Sr. Mercado quedó sola y con tres hijos, a quienes supo dar una educación esmerada, siendo ejemplo nuestro colega el Dr. Orlando Mercado. En este estado no sólo supo conservar su patrimonio sino, que lo acrecentó y lo dotó de muchas mejoras, entre ellas la adquisición de reproductores de razas mejoradas, antes de sus segundas nupcias, pues se unió en matrimonio con el Sr. Alfredo Boheme, también progresista ganadero, les distribuyó a sus hijos un buen número de cabezas de ganado. Incorporándolos a la noble y fecunda explotación pecuaria y aumentando de este modo la familia ganadera beniana. Actualmente posee unas cuatro mil cabezas de ganado que sumadas a las de sus hijos sobrepasan las diez mil.

En espera de sus prontas noticias para hacerlas conocer a la interesada, presento a Ud. señor Director los sentimientos de

mi mayor respeto.

**Fdo. Baldemar Melgar Rojas**  
**DIRECTOR DEPARTAMENTAL DE AGRICULTURA**

El acto de homenaje se llevó a cabo en la pequeña ciudad de Reyes, donde gente muy cariñosa y solícita, hicieron que mi estadía en ésa fuera inolvidable y con ello consiguieron mi eterna gratitud.

Después de recibir la medalla al mérito ganadero, tuve que corresponder con unas breves. Sería muy extenso dar el nombre de personas que en este pueblo fueron muy serviciales y buenas conmigo, para ellos guardo mucha gratitud.

Para no abandonar mis trabajos y por lo difícil que era en esos tiempos el viaje a Santa Cruz, mis dos hijos Orlando y Nancy nacieron en Trinidad y fui atendida por el Dr. Luis Tezanos Pinto, gran amigo de la familia. Al tener dos hijos en esta tierra y haber vivido la mayor parte de mi vida en el Beni, me hace al final sentirme beniana de corazón.

Después que me dieron la noble **DISTINCIÓN GANADERA**; contesté y agradecí al señor Ministro de Agricultura, en los siguientes términos.

**SEÑORES:**  
**MINISTRO DE AGRICULTURA**  
**MINISTRO DE FINANZAS**  
**MONSEÑOR ALFONZO TEHERI**  
**SEÑOR PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN DE GANADEROS**  
**DEL BENI Y PANDO.**

Distinguidas autoridades:

Con la simplicidad y sencillez que han caracterizado los actos de mi vida, he recibido la grata sorpresa de este homenaje, que hoy se hace a mi persona y a través mío a todos los laboriosos ganaderos benianos y pandinos.

El tesón y la constancia, que fueron norma en mi ya larga trayectoria de trabajo ganadero, han sido también la norma de todos aquellos que, como yo, han contribuido paso a paso al desarrollo pecuario de nuestra tierra. Por eso recibo con justificado orgullo, este premio que hago extensivo a todos los ganaderos que con su labor, muchas veces sacrificada, están haciendo posible el desarrollo de nuestra economía regional.

Si bien es cierto, que nunca esperé una satisfacción como la que recibo, también es cierto, que al recibirla se han renovado mis inquietudes de trabajo, las que confío serán continuadas por la nueva generación de ganaderos que he contribuido a formar y de la que espero mejores resultados el servicio del Beni y Pando, del país y de la Federación del Beni y Pando.

**Muchas Gracias...**  
**Aída Chávez Hurtado**

Madre mía te quiero entrañablemente y cuanto te extraño, hoy  
que no estas con nosotros

**Tu hijo Orlando**

